

CLAUDIO INVERNIZZI

RELATOS DE LA CARCEL

ESTA EMPECINADA FLOR





EL AUTOR

Claudio Invernizzi es uno de los miles de uruguayos que estuvo preso (1975-79) en las cárceles de la dictadura.

Tiene 29 años y su oficio es el de periodista. Escribió en Jaque y en La Hora, y actualmente lo hace en las bases.

Ediciones **las bases** intenta contribuir con esta publicación a que lo ocurrido no quede encarpetaado en lo "monstruoso" u "heroico", aunque así haya sido. Estos relatos de un ex preso cuentan hechos reales, donde aparecen seres humanos de carne, hueso, espíritu, que aman la vida y resisten con esperanza. Este es el principal valor que para nosotros encierran estos relatos: **el hombre mismo, enfrentado a una situación límite, desplegando todo su amor e inteligencia para sobrevivir.**

Para que los demás podamos acercarnos a esa experiencia, Claudio comparte generosamente lo que le tocó vivir.

Miércoles 12 de marzo de 1986

Grabado de carátula:

TOLA INVERNIZZI

Dibujos:

VERA SIENRA

Diagramación:

CIBILS

EDICIONES DE "las bases"

Sarandí 356 Esc. 11. Teléfono 95 68 46

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL LECTOR

La aclaración de lo hecho, de algún modo, denuncia incompletitudes. Los relatos es probable que las tengan. Pero, en este caso, la aclaración, dadas las características testimoniales de los mismos, se vincula a quien los hizo y no a lo hecho.

Cada ex preso tiene, al margen de las vivencias colectivas, una experiencia individual que varía de acuerdo al tiempo y a las condiciones de la prisión.

De allí que quien más tiempo haya estado preso y en las más difíciles condiciones, tiene una suerte de autoridad para contarlos. Es una premisa dolorosamente absurda pero que no deja de ser válida: existe autoridad en el mayor sufrimiento. O más bien, y eso es lo que

importa, existe autoridad en la mayor capacidad de resistirlo. Quiero ser claro: yo estuve cuatro años preso. No es poco, evidentemente, pero no es nada en tiempo e intensidad frente a otras experiencias. Por eso, muchas veces, mientras estos relatos nacían, pensé en Jaime Pérez, pensé en los rehenes y a través de ellos en cientos de compañeras y compañeros a los que el fascismo hizo conocer sus perfiles más crueles. Una suerte de pudor, entonces, podía más que mi voluntad de contar. Al final, sin embargo, quizás por ellos mismos, por Eduardo Mondello y el Nato Méndez, por todos los muertos y los desaparecidos, por los vivos, estos relatos quedaron escritos.

C.I.

El comienzo

La camioneta estacionó al llegar a la plaza y dos hombres abrieron la puerta trasera. Sin tocarnos nos condujeron hasta un patio abierto del viejo edificio de jefatura. Nos pararon contra paredes diferentes. Miré el cielo y estaba atardeciendo. Luego, mientras recorría con la vista un profundo rayón en el muro que no era producto de un descuido sino de una mano empecinada, traté de poner en orden los pensamientos. Era imposible. Ellos solos, casi de otro, intentaban discernir si lo que estábamos haciendo era un plantón que se extendería por días o si sencillamente esperábamos para ser interrogados. De pronto mis oídos, que estaban atentos a cualquier señal, escucharon a un milico que marcaba sus pasos sobre el balasto en mi dirección. Me agarró de un brazo sin firmeza y me condujo hasta una oficina en la que, detrás de un escritorio descolorido, esperaba un hombre de mentón cuadrado. Este hizo una seña con los ojos y el milico me llevó al pie de una escalera angosta y pronunciada. Por primera vez tuve la sensación física del miedo: las piernas no me respondieron y las manos sudaron profusamente. Agitado, con el cuerpo transformado en un impresionante terreno deshabitado en el que andaban a su antojo los latidos, traté de dominar las extremidades y comencé a subir. Escalón a escalón fui imaginando variantes para el ámbito físico que me esperaba: un cuarto sin mobiliario, con pisos de madera y una ventana; una sala con paredes ciegas e instrumentos de tortura primarios, inquisitoriales; o lo que se me ocurrió mucho más terrible: un descanso previo a la continuación de la escalera. En realidad, se trataba de un cuarto pequeño, atiborrado de casilleros de refrescos, dos escobas, un balde y un lampazo. Al entrar giré y quedé de frente al milico. Era rubio y delgado. Vestía una remera azul inglesa y un pantalón de raya muy cuidada. Fugazmente pensé que era el tipo de hombre que, con una mujer esperándolo en la cama, es capaz de desvestirse de espaldas y colgar su saco en una silla, cuidando especialmente que los hombros queden en los vértices del respaldo.

— Ponga las manos contra la pared —ordenó— y con dedos ágiles recorrió los flancos de mi cuerpo insistiendo en las costuras del vaquero. Luego observó en detalle mis sandalias mientras yo descubría, justo delante de mis pies, una caja de plástico de la que salía un largo cable con un enchufe. Bajé los brazos sin despegar la mirada del aparato. El milico siguió en dirección de mis ojos y habló sacudiéndose las manos como si se estuviera sacando un poco de tierra.

—Es el motor de una aspiradora —dijo. En ese momento la figura enorme del hombre de mentón cuadrado se recostó en la puerta. El milico se acercó y ambos se retiraron hacia la escalera. Nuevamente mis oídos intentaron captar datos que pudieran orientarme en nuestro destino inmediato. Cerré los ojos y apreté los dientes tratando de que el miedo fuera menos evidente. El milico me agarró del brazo y bajamos. Atravesamos el patio donde el Cuñado y el Petiso permanecían de pie. Luego caminamos por un corredor angosto hasta llegar a otro patio más pequeño, oscuro y sucio, cercado por cinco puertas de metal con ventanillas de alambre.

—Entre —ordenó el milico al tiempo que abría una.

Mientras los ojos buscaban acostumbrarse a la oscuridad densa y maloliente, escuché las trancas y los pasos que se alejaban.

2

—Bienvenido.

—Gracias —respondí mientras en un rincón comenzaba a percibir a un hombre encogido dentro de una frazada.

—Yo soy el Pardo —dijo incorporándose y estirando la mano.

—Encantado.

—Como ves, no tengo nada mejor que ofrecerte —comentó—. Fijate que uno tiene que estar sentado porque acostado no entra. Y vos, con esa altura, mucho menos. ¿Sos de Maldonado?

—No.

—Ah... sos turista.

—No, no soy turista.

—Si no sos de Maldonado, sos turista.

—Soy de Piriápolis.

—¡Mirá vos! ¡De Piriápolis! —exclamó— ¿Metiste la mano en la lata?

—No.

—¿Y entonces por qué te trajeron? ¿Violación?

—No, tampoco. No me trajeron por nada especial... —dije sin saber muy bien qué responder.

—Dale... Todos estamos por nada... Yo también. Sentate, sentate y tratá de ponerte cómodo donde puedas. No, no. En ese rincón no porque aquí te sacan al baño cuando se les antoja y lo tengo todo meado. Sentate aquí enfrente mío. Te voy a contar. ¿Sabés qué me pasó? Resulta que yo le cuidaba la casa a unos porteños. Durante cinco años la cuidé. Ahora estos guampudos vinieron y, como le faltaban cosas, me echaron las culpas. Yo te voy a decir algo porque vos sos muy joven y si no aprendés te vas a llevar muchos tropezones. La gente de guita es toda igual: una mierda. ¿Fumás, flaco? —preguntó al tiempo que me extendía un paquete.

—Dame —respondí. Agarré una hojilla y un poco de tabaco. Durante largo rato lo hice girar entre los dedos sin acertar el momento en que debía

ensalivar la hojilla para pegarla. El hombre me miraba con curiosidad.

—¿Sabés armar?— preguntó al fin.

—No —respondí avergonzado.

Me pidió el tabaco que tenía en la mano, agarró otra hojilla y en pocos segundos me entregó el cigarro armado con una oreja de papel pronta para ensalivar y pegar.

—¿Cómo es el trato? —pregunté mientras encendía un fósforo.

—Acá te sacan todas las noches a la viava. A vos te van a sacar seguramente dentro de un rato...

—No, no creo —dije— Lo mío es un problema político —agregué para reafirmar mi convicción de que no me iban a tocar, como un enfermo que es capaz de asegurar que no se va a morir porque tiene cáncer.

— ¡Político! —exclamó el Pardo — ¡Pero vos estás loco!

En ese momento se escucharon pasos. Abrieron las puertas de los calabozos. El Pardo y yo nos pegamos a la ventanilla.

—El Petiso y el Cuñado —comenté.

—¿Están contigo?

—Sí.

— ¡Pero qué hicieron! ¡político! —insistió— Ustedes están locos o son comunistas.

O tupamaros. Yo no creo que los tengan acá en jefatura. O los largan o se los llevan los verdes. Me senté sin responder, recosté la cabeza a la pared y quedé dormido.

3

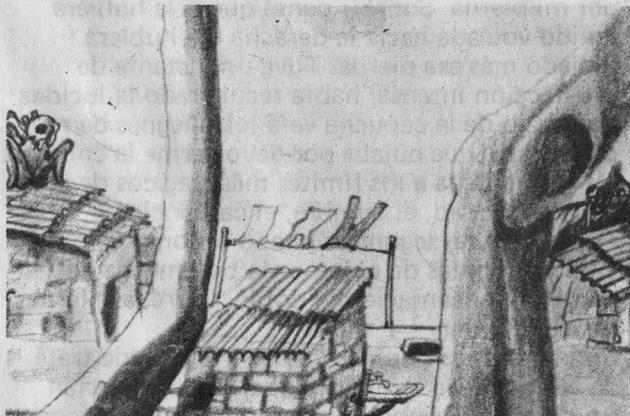
Me despertó una conversación que en principio había integrado al sueño. El Pardo, que estaba de pie con la cara pegada a la ventanilla, notó que me movía.

—Dormí, Flaco. No dormiste nada.

—Después duermo un poco más —dije y me puse de pie.

—Bueno, entonces arrimate —sugirió—. Te voy a presentar al Oso. ¡Oso! —gritó— Este es el Flaco del que te estaba hablando. El que dice que está por problemas políticos con los otros muchachos.

—¿Cómo andás, Flaco? —preguntó una voz.



gruesa y pausada desde el calabozo contiguo.

—Bien ¿y usted?

—Como el culo. ¿Cómo querés que ande? ¿No te conté el Pardo por qué estoy?

—No, no me dijo.

—Resulta que yo con mi mujer siempre juego de mano. Pero jugamos ¿eh? ¿No sé si me entendés? A ella le gusta jugar un poco de mano antes de... Bueno ¿Entendés?

—El Flaco es muy joven, no te entiende

—comentó el Pardo.

—Entiendo, entiendo —dije un poco molesto.

—Bueno, resulta que el otro día, mano va y mano viene, mano va y mano viene, mano va y mano viene, no sé en qué parte de la cara le pegué, que cayó como podrida al suelo.

El Pardo lanzó una carcajada.

—No te rías que esto es muy serio ¡chupanabo!

¿Me estás escuchando, Flaco? Yo estaba llevando a mi mujer desmayada hasta la cama porque no había con qué despertarla y en ese momento llegó mi suegra. La vieja, desesperada, llamó al médico y el médico al comisario y el comisario me trajo en cana.

—Y tu mujer, ¿cómo está?

—Está bien. Si ella es la que me trae la comida...

—¿Y para cuánto tenés?

—Me tendrían que haber largado el mismo día.

Pero necesito el certificado del médico que la atendió diciendo que ella está bien. ¡Parece mentira! Viene acá dos veces al día y ellos necesitan el certificado. ¿No se dan cuenta que está bien? Ahora fijate, el galeno está en Montevideo y sólo él puede firmar el certificado, otro médico no puede. Quiere decir que si el tipo se mata en la carretera yo me quedo acá de por vida.

—Bueno, Oso —dije por decir algo—. Ya se va a arreglar.

—Más se perdió en la guerra, Oso —acotó el Pardo. Me retiré de la ventanilla y me senté. Pensé que el Cuñado y el Petiso estaban durmiendo porque si no, hubieran participado de la conversación. Inmediatamente se me ocurrió que mientras yo dormía los podrían haber sacado y le pregunté al Pardo.

—No —respondió. —Deben de estar durmiendo a pata suelta.

Cerré los ojos.

4

—Flaco, Flaco, —escuché. El Pardo me sacudía agarrándome el hombro. Lo miré y me extendía un cigarro armado, pero esta vez con la hojilla ya pegada. —Fumá— intimó al tiempo que me arrimaba un fósforo encendido. Aspiré una larga bocanada de humo e hice un movimiento de cabeza como preguntándole qué pasaba. —Están los verdes— dijo.

La memoria y el golpe

Si mis cálculos de encapuchado no fallaban, estaba de plantón frente a una puerta que conducía a la oficina donde dos años atrás había tenido visita con mis padres presos. Era junio de 1973, tenía diez y seis años. Recordé a mi madre esperándome al otro lado de una mesa de cármica, sonriente como esas bahías que resisten los vientos y los embates del mar. Me senté al otro lado de la mesa y descansando los brazos sobre la tabla dejé que ella me acariciara la mano sin una idea clara de qué decir. Sabía que cuando yo me retirara ella volvería a la capucha y yo al auto de Ita donde imaginaría su rostro cubierto por un paño que antes, seguramente, habría cubierto otros rostros.

Después de un par de minutos entró mi padre con la cabeza rapada y buscando acomodar los ojos nerviosos y urgentes, a la luz que hasta poquísimos segundos antes les había quitado la venda. Le envió a mi madre una amplia sonrisa y después la besó mientras un oficial a corta distancia seguía todos sus movimientos. Luego, estirando los brazos sobre la mesa me apretó la nuca con firmeza y me abrazó.

"Estas hermosísima" le dijo de inmediato a mi madre y ella, con un gesto que le es habitual, respondió inclinando un poco la cabeza y frunciendo con gracia los labios como si desconfiara de la veracidad de sus palabras.

Después mi padre se dirigió al oficial:

"Compermiso", dijo, y sin esperar respuesta apoyó el codo en la mesa desafiándome a una pulseada. Respondí. De un solo tirón me volcó el brazo y comentó: "Tenés que hacer más gimnasia". Luego preguntaron por todas las cosas que habían quedado pendientes, sus trabajos, mis estudios y, sobre todo, por la familia que a esa altura se dividía con ellos presos en el cuartel, el Camión en Libertad, Sebastián en Buenos Aires y en lo que había sido su ámbito natural, nuestra casa, los desmedidos esfuerzos de Ita, las visitas y los paquetes de mis tías y yo. Pasados unos pocos minutos el oficial golpeó las manos indicando el final. Me puse de pie, los abracé, los besé y me fui.

En aquel mismo corredor, sonaban los pasos de los milicos hiriendo los silencios de dentro y de fuera. Había una calma cargada, espesa como el barro y cautelosa por parte de quienes seríamos torturados y de quienes nos torturarían. Mentalmente traté de dar con la ubicación que tenían en el corredor el Cuñado y el Petiso hasta que, de pronto, retumbó un grito.

— ¡Al fin me trajeron estos pichis!

Con tres pasos, firmes y decididos, el milico de la voz estuvo parado a mi lado.

—Esto se soluciona muy fácil —dijo al tiempo que apoyaba el caño de un revólver sobre la capucha a la altura de mi sien—. Un chumbo bien dado y a la mierda con todo. ¿Estás de acuerdo? Aunque te voy a decir la verdad —comentó al tiempo que retiraba el caño—. Lo mejor va a ser que primero averiguemos todo lo que tenemos que averiguar. Y para eso, bueno, vos sabés, nosotros somos muy poco inteligentes así que vamos a tener que recurrir a métodos muy especiales. ¡Muy especiales! —insistió— Yo quiero que vos pruebes la primera dosis. Doloroso y desconcertante como una traición, el primer golpe llegó directo al estómago. Me doblé abriendo desmesuradamente la boca como si quisiera abarcar todo el aire de una vez. Luego caí hacia adelante y al hacerlo empujé una puerta que estaba entornada. En el suelo, hecho un ovillo y con las manos atadas a la espalda, mi cabeza terminó recostada a unas patas de hierro que bien podrían ser de una mesa de cármica.

El delirio

A mi espalda había un baño completamente azulejado. Al frente tenía un gigantesco tablero de ajedrez y detrás de él un contrincante que no reconocía. Apoyando el codo sobre el borde del tablero se cubría el rostro con la mano. Mis ganas de orinar eran incontenibles.

—Voy a ir al baño —anuncié al desconocido sabiendo de antemano que éste me iba a negar tal posibilidad.

—El reglamento no lo permite —dijo.

Traté de concentrarme en el juego, pero, aunque había pocas piezas movidas, todo estaba en un gran desorden.

El empuje del orín era terrible. Aflojé los esfínteres y el líquido tibio y sostenido corrió por mi pierna. Sonreí: pensé que si la hubiera tenido volcada hacia la derecha me hubiera mojado más esa pierna. Tuve un instante de satisfacción intensa, había recuperado la lucidez. Por abajo de la capucha veía los pliegues de mi camisa azul que pujaba por devolverme la cordura. Me proyectaba a los límites más trágicos de la realidad: la sed, el hambre, el cansancio. Rápidamente, segundos puedo suponer ya que aún caían gotas de orín por la botamanga del pantalón, el cansancio me dobló. Cerré las piernas y me dejé caer.

Con las manos siempre atadas a la espalda traté de cubrirme de los golpes que, sabía, llegarían sin demora. Me encogí prudentemente sintiendo

el orín, sobre el que había caído, pegándose a la camisa. Así esperé la llegada del primer puntapié hasta que, seco, vino por la espalda. Me agarraron por abajo de los brazos y me pusieron de pie. Eran dos, tres, cinco, siete; incalculables.

Recordé las enseñanzas de mi profesor de educación física: primero respirar por la nariz y luego expulsar el aire por la boca. Así una vez... y otra... y otra... y otra.

Las piernas no me sostenían. Era inútil. Me dio la sensación de desvanecerme con mucha lentitud. Sobre mi derecha el mar y, exacto, el puerto de Piriápolis. A mi izquierda los pescadores, con los rostros descompuestos se avalanzaban terribles y comenzaban a golpearme sin piedad. No podía entender a qué se debía semejante reacción.

Fijé la vista en mi madre que a distancia, vestida con la misma campera y el mismo bolso con que habitualmente iba a trabajar, intentaba correr en mi socorro pero mis piernas permanecían en el mismo lugar.

—Mamá —grité rabiosamente y mi propio grito me devolvió a la realidad.

A mi alrededor los torturadores reían, imitándome.

Expectativa

Escuché a mi lado caer pesadamente un cuerpo y después los gritos de los torturadores ordenándole que se levantara. En medio de aquel vocerío, sin embargo, alcanzaba a percibir los golpes hundiéndose en la carne y los quejidos bajos, mordidos, del Petiso. Yo, en aquella oscuridad móvil, iba y venía del delirio a la realidad como un péndulo dirigido por una extraña fuerza. Un milico me agarró del brazo y me arrastró hasta lo que adivinaba como el comienzo de una escalera. — ¡Alto del piso!

¡Alto del piso! —ordenó alguien y el guardia aumentó la velocidad por lo que yo no lograba dar con mis pies en las escaleras. Al llegar al primer descanso me empujaron y a mis espaldas se cerró la puerta. No escuchaba nada, pero la presencia de los torturadores cortaba el aire. Traté de componer la distribución en aquel ambiente y a ellos los ubiqué a mi frente. Pasó un buen rato en que el silencio se hizo más denso como el de los velorios: hacia dentro y habitado. Luego escuché crujir una silla muy cerca. Hice fuerza para desatarme hasta lograrlo y rápidamente llevé las manos hacia adelante cubriéndome los testículos. Alguien desde mi izquierda intentó acercarse pero lo detuvo una orden.

— ¡Dejalo!

—¿Tenés miedo de que te toquen los huevitos?

preguntó otra voz irónica desde mi izquierda. —Este no tiene —agregó un tercero al tiempo que se acercaba y con fuerza me levantaba las manos— ¿A ver? —dijo y descargó un golpe entre mis piernas. Enseguida, como si se tratara de una tormenta que después de acumularse largo tiempo en el horizonte se vuelca con un furioso chaparrón, comenzaron a llegarme palos y puñetazos. Me agarraron los pies y los brazos y tiraron para separar el mentón de mis rodillas donde lo había puesto para cubrir, por lo menos en parte, mi cuerpo de la agresión. Me quitaron los pantalones y luego la camisa. La primera descarga eléctrica la sentí en el cuello y luego, poco a poco, con meticuloso esmero, las otras fueron bajando por el pecho. Mi carne y mis huesos se contorsionaban independientes de mis órdenes y respetaban el antojo de mis torturadores. De pronto, como un foganazo o un hierro velocísimo que me atravesaba de pies a cabeza, la picana tocó mis testículos, una y otra vez y otra. En mi cabeza los destellos sucedían a la oscuridad y a ésta, pequeños puntos luminosos. Gritaba descontroladamente sacando sonidos que me resultaba difícil reconocer como propios.

Había quedado de costado cuando uno de los torturadores reclamó un palo. Estaba a mis espaldas e instintivamente llevé las manos hacia atrás. Detuve la punta del tolete pero un brutal puntapié en el estómago me obligó a volver las manos hacia adelante. El palo entró revolviéndome las entrañas, empujando, desgarrándome los intestinos mientras otro de los torturadores, enloquecido y seguramente haciendo referencia a algo que yo había dicho en mi delirio, gritaba: “¿Así que un millón de personas en la segunda declaración de La Habana?”, y afirmaba el taco de su bota en mi mentón.

Al final, mientras yo escupía un pedazo de muela, ellos, como los lobos después de un festín, se marcharon en silencio.

Una picana que confundió destino

Alcancé a reparar en la humedad del pasto a pesar de la violencia del golpe que me había dado al caer. A mi alrededor los torturadores proferían insultos de todo tipo y uno de ellos tiraba de mi capucha hacia atrás dificultándome la respiración. Luego, rápido como un martillo, presionó mi cabeza hasta hacerla entrar totalmente en el agua. Yo abrí la boca lo más que me fue posible para

que el líquido, seguramente podrido, entrara sin impedimentos buscando así aplacar la sed que hasta hacía unos segundos había sido centro de toda mi atención. Cuando el aire comenzó a faltarme intenté levantar la cabeza, pero sentí que las manos que la mantenían sumergida no cedían. Inútilmente me esforcé de nuevo y el aire que no llegaba dejaba mis pulmones como aprisionados en una morsa que se cerraba más y más. Al fin los brazos aflojaron. Levanté la cabeza y aspiré con mucha fuerza produciendo un ronquido extraño, agudo. Cuando exhalé y quise aspirar por segunda vez, un shock eléctrico me llegó por las piernas sacudiéndome. Otro entró por la espalda atravesándome hacia los cuatro costados y las preguntas de los torturadores murieron ahogadas en mis propios gritos. Volvieron a hundirme la cabeza y recién cuando los pulmones estaban a punto de estallar las manos cedieron. La intensidad de los shocks parecía ser cada vez más rabiosa y mi permanencia bajo el agua cada vez más larga. Ellos, desquiciados, insistieron hasta que, mientras trataba de aspirar el oxígeno que parecía llegar colgado de un anzuelo, escuché un quejido fuerte que me desconcertó.

— ¡La puta que te parió! —exclamó el torturador que se había quejado.

— ¿Y qué querés? —se excusó otro— ¡Si este pichi se mueve como loco!

— ¿Pero vos tené cuidado, anormal!

— Bueno... No es para tanto.

— ¡Ah... seguro! ¡No es para tanto! ¡No es para tanto! —repitió— Lo que pasa es que el picanazo no te lo diste vos.

La sed y el agua 1

Desnudo, con las manos atadas y tirado sobre un piso de hormigón mordía la capucha exprimiéndole el agua que le quedaba del submarino. Desesperado, cuando se agotaba el trozo que tenía frente a mi boca, con los mismos dientes giraba la gruesa tela buscando otras zonas más húmedas.

— ¿Qué hacés? —preguntó el milico extrañado por el ruido.

— Tomo agua —respondí.

— ¿Qué agua? —insistió al tiempo que se acercaba para rozarme con la bota.

— La que tiene la tela...

Trancurrieron algunos segundos antes que el milico volviera a hablar.

— ¡Pichi basura! —exclamó— Por primera vez tengo ganas de sacarte la capucha.

El detecta mentiras

— Sacate la capucha —ordenaron.

Me quité el paño que además de su natural consistencia tenía una desagradable mezcla de barro, sudor y algo de sangre con la cual intentaba convivir. Mientras la colocaba sobre la mesa vi, en un ambiente con poca luz, por primera vez a mis interrogadores. Uno, delgado y de bigotes, sonreía; otro de traje, también delgado y con un rostro puntiagudo en todas sus extremidades, me miraba con asco y un tercero, gordito y de cara redonda, trataba de examinar un revólver acercándolo a la débil lamparita que colgaba muy alto, del centro del techo.

— Sacá esa mugre de acá arriba —dijo el de traje señalando la capucha— Tirala al suelo, —agregó. Sin ocuparme de agarrarla la empujé con el dorso de la mano y la hice resbalar hasta el borde de la mesa. El interrogador de bigotes, dejando caer el brazo derecho sobre el respaldo de su silla, no dejaba de sonreír.

— ¿Vos sabés dónde estás? —preguntó al fin.

— En el Batallón de La Laguna —respondí.

— No —dijeron sorprendentemente desde atrás.

Cuando fui a girar la cabeza, el gordito me golpeó en la mejilla haciéndome tambalear en la silla.

Después siguió mirando el arma.

— Sí —insistí una vez repuesto.

El de traje se incorporó y me golpeó desde el otro lado de la mesa.

— Tranquilo... tranquilo... —sugirió el de bigotes poniéndole una mano sobre el brazo—. A nosotros nos importan otras cosas, que él piense lo que quiera de dónde está. ¡Flaco! —exclamó dirigiéndose a mí sin borrar la sonrisa —Vamos a probar una maquinita que nos acaba de llegar de Estados Unidos...

— De Panamá —corrigió el gordito sin desviar la vista del revólver y agregó mirándome —Como dicen ustedes...

— Bueno Flaco, es una maquinita detecta mentiras que esperamos que tenga buenos resultados ¿La probamos? —preguntó sugiriendo a quienes estaban detrás.

Me agarraron por debajo de los brazos y me pusieron de pie.

Yo, mientras tanto, trataba de recordar con mayor precisión una referencia a esas máquinas que me llegaba de una vieja lectura de "El Tony". Cuando me ataron el anular de la mano izquierda con un alambre comprendí mi ingenuidad: era una picana. Cuando me ataron el anular de la mano derecha me preparé para recibir la descarga.

— ¡Adelante! —dijo el de bigote con suavidad. El shock dio la sensación de arrastrar todo mi

organismo hacia los dedos como si allí hubiera un poderoso imán. Las entrañas tiraban para arrancarse y recorrer los brazos hasta llegar a las manos. Sobrevino otra descarga y pararon.

—Da resultado —opinó el gordito que había dejado el revólver y me miraba a pocos centímetros recorriéndome el cuerpo con fingido interés.

— ¡Dale más a este hijo de puta! gritó de pronto el de traje y vino otra descarga — ¡Más! ¡más! ¡más! — exclamó al tiempo que golpeaba su puño contra la mesa.

El de bigotes meneó la cabeza como comunicándome su disconformidad con todo aquello.

—Paren —dijo—. Aflójenle a éste que lo van a matar —agregó con rostro serio.

“Hijo de puta”, pensé, pero no me animé a decírselo. Las rodillas me flaquearon y caí sobre la mesa.

una finísima película de líquido y en el centro un escupitajo que parecía arrancado al fondo mismo de un pecho.

—¿Tenías sed? —preguntaron al tiempo que apoyaban el borde de la taza en mis labios— Tomá todo.

Eso hice. El asco no fue más que una brumosa referencia que me obligó a apoyar los dientes contra la loza para que aquella isla, verde y espesa, no pasara del todo.

Comer y descomer

Me hicieron sentar. Apenas comencé a flexionar las rodillas, mi estado insospechadamente confuso al punto de no reconocer si dormía o estaba despierto, se transformó en un sueño profundo. De inmediato me sacudieron y pusieron un plato hirviendo en mis manos.

—Levántese un poco la capucha —ordenaron. Vi entonces, humeante, un guiso de porotos bien surtido. Era la primera comida después de mucho tiempo. Agarré la cuchara que descansaba el mango sobre uno de los bordes y la llevé, hasta mi boca. Apenas terminé con el guiso me entregaron un refuerzo de carne cocida a la plancha. Comencé a morder y a tragar sin demorar en la boca los trozos.

—Este pichi ya comió —escuché de pronto a mi derecha.

—Bueno —gritaron desde el otro lado. —Ahora que descoma.

Miré disimuladamente y vi como levantaban al Cuñado y comenzaban a golpearlo.

— ¡Lanzá! —exclamaban. — ¡Lanzá pichi basura! Déjelo que me quedaba del refuerzo a un costado, miré el piso y mientras escuchaba los vómitos esperé mi turno.

La sed y el agua 2

La sed había ganado terreno vertiginosamente. La lengua —que parecía ajena— se deslizaba intentando humedecer los labios para que sobrevivieran.

—Agua —insistí.

—¿Qué te pasa? —preguntaron cerca de mi oído.

— ¡Agua!

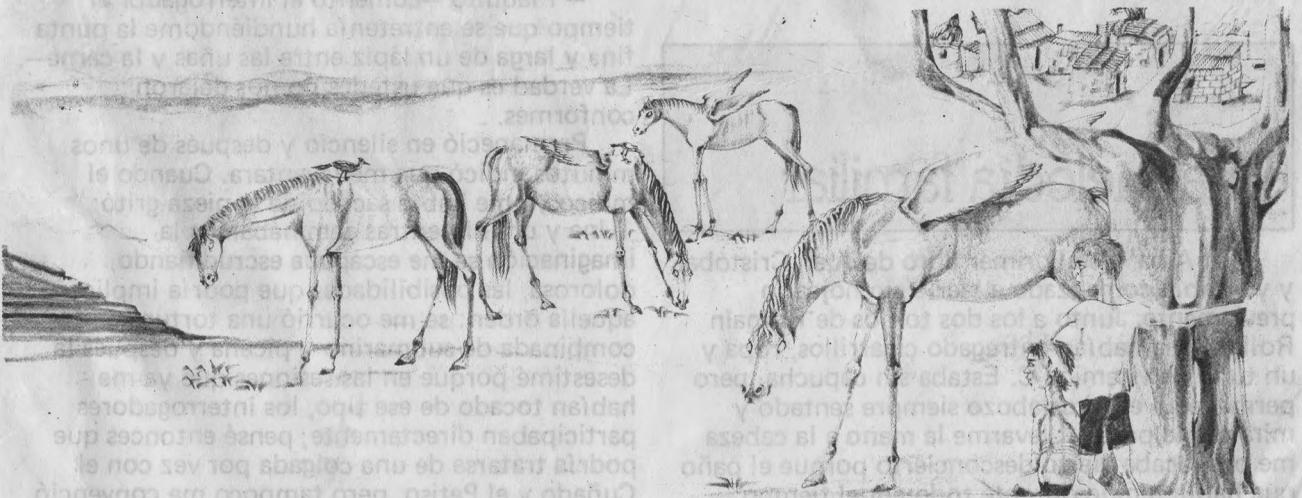
—¿Qué?

— ¡Agua!

—No escucho.

— ¡Agua! ¡agua! ¡agua! —repetí con una voz que pretendí, sin resultados, no fuera pequeña.

Por abajo de la capucha vi aparecer una mano que poco a poco, lentamente, se acercaba con una taza a mi boca. A medida que la subía descubrí



Que golero!

Hacia días que estábamos en los calabozos de la guardia donde nos habían dejado con las puertas abiertas, encapuchados y sentados sobre el colchón. Esporádicamente, llegaba el sonido de un motor desde la carretera, los gritos distantes desde el camino que unía esa parte del edificio con las construcciones centrales y en los días de lluvia, el roce de una escoba en el patio, intentando sacar el agua de algún desnivel. Aquella noche se agregó una radio. Los guardias escuchaban la transmisión de un partido de la selección de Maldonado. Yo, que jamás había asistido a un encuentro del combinado departamental, escuché como si se tratara de un clásico. El puntero del equipo contrario atacaba pegado a la raya y envió un centro que el golero salió a cortar. El relator dio el nombre y opinó que, "ese golerito tenía futuro". El corazón se apresuró: era un amigo y sentir que lo nombraban era proyectarme al mundo. Retomar. Por momentos, inclusive, deseaba que las jugadas se desarrollaran en la cancha de Maldonado, que se acercaran a su arco para promover una atajada descollante aunque, claro, esto me creara un dilema con la posibilidad del gol. Nervioso por primera vez por una situación que no pertenecía a mi entorno más cercano, me acaricié los tobillos aún hinchados y en ese momento el relator, después de una tapada espectacular de mi amigo, volvió a insistir en sus cualidades. Sobresaltado por la alegría, el comentario me salió despedido, incontrolable.

— ¡Qué golero! —exclamé.

— Usted no puede hablar, ni escuchar— respondieron desde el corredor y mientras el relator informaba que se llevaban jugados treinta y seis minutos del primer tiempo, apagaron la radio:

Una melodía familiar

"El Alba" es el primer libro de Juan Cristóbal y yo había comenzado a leerlo sin hojearlo previamente. Junto a los dos tomos de Romain Rolland me habían entregado cigarrillos, ropa y un tubo de vitamina C. Estaba sin capucha, pero permanecía en el calabozo siempre sentado y mirando la pared. Llevarme la mano a la cabeza me provocaba cierto desconcierto porque el paño que había tenido durante todo aquel tiempo

parecía estar prácticamente integrado a mi anatomía. Levanté la vista del libro por un instante para reconocer la pared a la que me enfrentaba y vi unas decenas de pequeñas rayitas hundidas en la pared.

Volví a perderme en las páginas del escritor francés que, como si desde el libro me hubiera tendido un lazo directo al cerebro, me arrastraba paseándome por los laberintos de una familia alemana, de un padre músico y borracho casado con una empleada doméstica y un abuelo que, hasta ese momento, daba la sensación de ser comprensivo. De pronto, un silbido familiar que me llegaba del calabozo contigo me sacó de la lectura. Descansé, emocionado, el libro sobre las rodillas: para saludarme, el Cuiñado arriesgaba los primeros acordes de la Internacional.

Relato y agradecimiento

Después de cuatro días me volvieron a colocar la capucha. Desde los calabozos me llevaron al edificio central y me dejaron de plantón.

De un ambiente contigo llegó la voz desconocida de un compañero.

— Yo era blanco. Pero después me di cuenta que la cosa no venía por ahí. Yo era blanco porque mi padre y mi abuelo eran blancos.

— ¡Llévenlo! ¡Llévenlo! —tronó otra voz—. Lo único que faltaba era que éste me viniera a dar línea.

Pasaron a mi lado con el compañero que interrogaban. Al poco rato me agarraron de un brazo y me condujeron hasta la pieza desde donde provenían las voces. Presionaron con fuerza mis hombros hasta hacerme sentar y luego ordenaron que pusiera las manos sobre la mesa.

— Flaquito —comentó el interrogador al tiempo que se entretenía hundiéndome la punta fina y larga de un lápiz entre las uñas y la carne—. La verdad es que ustedes no nos dejaron conformes.

Permaneció en silencio y después de unos minutos indicó que me levantara. Cuando el milico ya me había sacado de la pieza gritó: ¡Una y una! Mientras caminábamos la imaginación se me escapaba escrudiñando, dolorosa, las posibilidades que podría implicar aquella orden: se me ocurrió una tortura combinada de submarino y picana y después la desestimé porque en las sesiones que ya me habían tocado de ese tipo, los interrogadores participaban directamente; pensé entonces que podría tratarse de una colgada por vez con el Cuiñado y el Petiso, pero tampoco me convenció.

La angustia provocada por la duda me empujaba a desear el desenlace por más terrible que fuera.

Llegamos a un espacio que por lo que pude intuir era bastante amplio. Quedé parado. Transcurrida, más o menos, una hora, me hicieron sentar. Me dejé caer sobre la colchoneta con fuerza, pesadamente, como si la distensión hubiera adquirido cuerpo.

Sin embargo, pasado un tiempo semejante al que había estado de plantón y en el que prácticamente ya me había olvidado de la orden del interrogador, me pararon nuevamente. Recién entonces comprendí que la indicación había sido una hora de pie y otra sentado.

Ya estaba naciendo la segunda madrugada cuando, llegada la orden de descanso, un milico agarró la frazada y me tapó.

— Dormí —dijo. Era imposible. El sueño, como si fuera una espiral, se negaba a acceder al último círculo, al descanso profundo y me dejaba atento a la hora en que debía pararme.

Más tarde, después de un plantón, que estimé bastante más corto que los habituales, el milico me envolvió con la frazada y me hizo sentar.

Cuando ponía esmero en cubrirme el cuello, una mala maniobra dio con su palo en mi nariz.

— ¡Perdón! — exclamó de inmediato— Flaco —insistió— Palabra de hombre que fue sin querer.

— No es nada —respondí.

Cuando comenzaba la hora siguiente el milico me agarró del brazo y me orientó hacia la puerta.

— ¿Qué hacés? —preguntó otro guardia.

— Dejame en paz...

— Te van a cagar —insistió.

Entramos al baño. Indicó que me sacara la capucha y sugirió que me lavara la cara y orinara. Abrí la canilla y bebí con avidez. Me humedecí la cara y no oriné. Ya tenía los pantalones empapados.

— Flaco —dijo— el que te pegó fui yo.

— Bueno, ya me dijiste que fue sin querer —respondí desestimando el asunto. —No pasa nada.

— Pasa, sí —insistió—. Yo quiero que vos me mires, que me mires bien y te acuerdes de esta cara, porque yo a un hombre encapuchado no le pego. Todo esto es una mierda y en cuanto pueda me rajo de aquí. Acordate —repitió—. Acordate de mí, flaco, porque antes de haberte pegado hubiera preferido, no sé, cortarme la mano.

El tenía una estatura más bien baja, ojos oscuros, nariz recta y un bigote que, aunque no era demasiado grueso, le caía un poco sobre el labio.

No es descartable que estos relatos lleguen a sus manos. En tal caso quiero que sepa que cumplir con su pedido, es decir, acordarme de él, fue la mejor forma de agradecimiento que he encontrado.

Relato de hospital

Me vino a la memoria la casa de Héctor, su madre, el patio amplio y común donde jugaban los inquilinos y, como una ráfaga, la calidez del almidón que siempre había en aquellas piezas pequeñas. Bajé las sábanas que me cubrían hasta el cuello y quedé mirando las tablas de la cama superior. Después recorrí el ambiente con la vista: había seis cuchetas con dos compañeros, a mi izquierda una puerta que daba a una habitación más pequeña donde dos enfermeras conversaban animadamente, luego, una puerta de rejas detrás de la cual un milico jugaba con la correa de su fusil y, más adelante, otra puerta que conducía a un baño. Me incorporé. El compañero que estaba en la cucheta de enfrente me miraba como si esperase desde mucho rato antes que yo me despertara. Sonrió y levantó la mano.

— Hola, —respondí.

El llevó de inmediato el índice a los labios indicándome silencio y el guardia se acercó a la reja.

— No se puede hablar —ordenó con hosquedad.

Una de las enfermeras se acercó.

— ¿Cómo se siente?

Levanté las cejas a modo de respuesta. La mujer caminó hasta el otro ambiente y regresó con un termómetro, un aparato de presión y un pijama azul que me extendió delicadamente. Después hizo su tarea sentada al borde de mi cama. Era negra y la sonrisa de dientes parejos como un teclado se destacaba franca. Me agradó que sonriera de aquel modo y se lo comenté. Ella no respondió y con una desmedida actitud maternal, como suelen proceder las enfermeras, me acomodó la almohada y me arropó.

— Después te ponés el pijama —dijo—. Descansá.

Ella volvió a su habitación donde la otra enfermera introducía una bolsita de té en el agua caliente y luego la quitaba, apoyándola en el cuenco de la cuchara y girando en su derredor. El piolín, presionaba para exprimirle el líquido que había absorbido. El compañero de la cucheta de enfrente se levantó y caminó hacia el baño. Cuando salió se detuvo en la reja y habló con el milico. Gesticulaba y hacía con la cabeza un movimiento afirmativo casi continuo. Luego metió la mano en un bolsillo del pijama y extrajo un pañuelo. El milico se llevó un dedo hasta abajo del ojo a manera de advertencia y el compañero estiró hacia adelante ambas manos, tranquilizándolo. Después caminó hacia mí. Con un gesto habitual en los miopes, traía los ojos entrecerrados como intentando regular la vista para que no se le fuera del todo.

— ¿Cómo estás? —preguntó.

— Bien —respondí—. Un poco dolorido en la pierna.

— Le dije al milico que estabas resfriado y que te venía a alcanzar el pañuelo —me lo extendió—. Hacé como que te sonás la nariz —sugirió—. ¿Sabés el alfabeto mudo?

— No me acuerdo bien...

— La a es así —comenzó a explicarme llevándose el pulgar y el índice bien abiertos al medio de la boca. El milico lo interrumpió.

— ¡Usted! —gritó.

— ¿Sí? —preguntó el compañero girando la cabeza.

— ¿Ya entregó el pañuelo?—

— Sí...

— Entonces vuelva a su cucheta —ordenó.

Desde su cama y, cuidándose de la vigilancia constante del guardia, me fue enseñando el alfabeto letra por letra.

2—

Los dedos aprendieron rápidamente no sólo su movimiento sino también la forma de hacerlo sin ser descubiertos. Nos dimos los nombres, las procedencias, los cuarteles en los que estábamos, hablamos de nuestras familias e hicimos nuestros esperanzados cálculos sobre el final de Bordaberry. Le pregunté por el otro compañero y me respondió que estaba muy mal, lo habían traído por una crisis asmática y además arrastraba una depresión profunda: comía poco, no tomaba los medicamentos, no respondía las preguntas y sólo se levantaba para ir al baño. Estaba de costado en su cama y con los ojos desmesuradamente abiertos y fijos miraba la puerta del baño.

Entró la auxiliar con la comida.

— ¿A mí no me toca? —pregunté.

— Orden médica, todavía no le quieren dar.

Miguel, así era el nombre del compañero con quien conversábamos por señas, esperó que se distrajeran las enfermeras y el guardia y metió la mitad de su arroz blanco en un bolsillo, ocultó una de sus dos albóndigas en la mano y caminó hasta el baño. Cuando volvió me hizo señas con los ojos para que fuera. Me había dejado los alimentos en la tapa de la cisterna. Comí, y al salir le avisé al otro compañero que se le enfriaba el almuerzo. Desvió la vista para mirarme un momento, bajó los párpados como dándome a entender que ya sabía y volvió a mirar la puerta.

3 —

Al otro día, me despertó una conversación.

— La auxiliar me comentó que tu nombre y tu apellido son los de un poeta español —decía la enfermera negra a Miguel.

— Sí —respondió él sentado en su cama. —Me llamo como un poeta que, casualmente, murió preso por el Franquismo. Yo no me voy a morir pero también hago unos versos preciosos —agregó sonriendo.

— ¡No tengo dudas! —respondió la enfermera.

— Te puedo hacer alguno. ¿Querés? Mirá, vos sos linda como...

— ¡No sigas! ¡No sigas! Dejalo para cuando te larguen —exclamó y desvió la vista para mirarme con ese aire de pretendida molestia con que suelen rodearse las mujeres cuando son halagadas.

Después de una mañana de larga charla y alguna visita médica, llegó el almuerzo. Miguel vio que aún no estaba la autorización para mi comida, y repitió la maniobra del día anterior, aunque esta vez un poco más complicada porque, además de las albóndigas, le habían traído puré. Fui al baño y comí. Al salir me detuve bajo el marco de la puerta para que el milico no me viera.

— Hermano —dije al otro compañero, cuando noté que su alimento descansaba íntegro en el plato—. Hay que ser fuertes. Hay que comer, es la única forma de salir más o menos bien de aquí. Oime, por favor, hay que ser fuerte —repetí, desorientado, sin saber qué más decirle ni cómo actuar. Le ofrecí un poco de agua.

— Tengo —dijo y levantó apenas el brazo para señalar con el pulgar hacia la mesa de luz donde había un vaso de plástico con líquido. En ese momento le descubrí dos tajos que comenzaban a cicatrizar en sus muñecas.

4 —

Nos enteramos que a Miguel le daban el alta, eso significaba el regreso al cuartel, al terror.

— Primero te desarman, después te recauchutan y después te vuelven a desarmar —dijo Miguel por señas—. Esta voy a tratar de frenarla. ¿Me ayudás?

— Claro.

— Yo voy a ir al baño, vos dejá pasar unos minutos y le decís al guardia que vas a ver qué me pasó porque demoro. Después gritá.

No fue necesario. El propio milico me ordenó que me fijara. Golpeé la puerta y, como era de esperar, no respondió. Lo encontré hincado y con la cabeza apoyada en el lavatorio.

— ¡Ayuda! —grité mientras rengueando trataba de sacarlo del baño.

Llegaron las enfermeras y el soldado. Entre todos lo llevamos hasta la cama y él, con los ojos cerrados, seguía representando su papel de desmayado con una asombrosa perfección. La enfermera intentó reanimarlo hasta que, pasados

unos minutos, llegó el médico. Permanecí en la cama de al lado mientras lo examinaban. Le pasaron una lapicera en la planta de los pies y luego en el abdomen: sus reflejos, inmóviles, daban la sensación de participar en la confabulación. El médico le mostró dos dedos y Miguel respondió que eran tres, luego movió la mano hacia un lado y él llevó los ojos hacia el otro. El doctor dio algunas indicaciones y se retiró. Yo comencé a asustarme por su falta de reacción y en un momento en que quedamos solos me acerqué.

— Miguel —dije despacio—. ¿Cómo estás?

El abrió el ojo derecho para mirar, sonrió y lo volvió a cerrar.

— ¿Cómo salió todo? —preguntó.

Quizás los nervios y la situación, tan imprevista en mis especulaciones de un tiempo atrás, me provocaron una risa estrepitosa que ponía en riesgo todo lo hecho y, obviamente, nuestro futuro.

— Disimulé —dijo Miguel con voz baja pero desesperada— ¡Hacé que llorás! ¡Hacé que llorás! —repitió.

Me cubrí el rostro con las manos y fui a sentarme a mi cucheta.

El milico entró rápidamente a la sala y permaneció unos segundos a mi lado seguramente tratando de discernir si era risa o llanto.

— ¡Ajá! —comentó al fin—. Primero se hacen los revolucionarios y después, cuando los meten en cana, se arrepienten.

5 —

La "caída" de Miguel no había dado todo el resultado que esperábamos y esa noche vendrían a buscarlo.

— Mala suerte —comentó él—. Pero no me vas a negar que la actuación fue buena. Una vez, cuando gurí, llegué a hacerme operar de apendicitis para no dar un examen. Primero le hice todo el teatro a mis viejos en el almacén, después al cirujano y después al anestesista y bueno... me operaron.

— ¿Dónde está el almacén? —pregunté.

— Cerca de San Martín y Garibaldi. A una cuadra. De un lado es almacén y del otro bar. Hace años que estamos ahí y a mí me gusta. El almacén es un termómetro del bolsillo y el boliche un termómetro espiritual. De un lado se quejan porque la guita no alcanza y del otro, cuando agarrás a los parroquianos solos, te cuentan la vida y sus aspiraciones incumplidas. Eso sí, si los agarrás en compañía te cuentan toditas ganadas. ¿Vos vas a ir solo o acompañado?

— No sé. De todos modos andá separando una botella de ginebra.

— ¿Cómo la tomás? ¿Sola o con hielo?

— Con hielo. Dos cubitos.

— Es curioso. Muy poca gente toma ginebra.

— ¡El del alta! —interrumpió desde la puerta

un oficial.

— Me tocó —dijo Miguel mientras se ponía de pie.

Dejó el pijama sobre la cama y se puso un pantalón y una camisa que le alcanzaba la enfermera.

— Gracias por todo —dijo despacio.

— Suerte Miguel —respondió ella.

Luego caminó en mi dirección.

— ¿A dónde va? —preguntó el oficial.

Miguel no respondió y nos abrazamos.

Después se tomó tiempo, a pesar de la impaciencia del milico, para apretarle una mano al otro compañero.

6 —

La ida de Miguel fue como cuando se quita un objeto de una gran estantería: el hueco es mínimo respecto al entorno y sin embargo es el lugar al que, sistemáticamente, dirigimos nuestra atención. Reí al recordar su actuación y aquel ojo abierto inquiriendo sobre los resultados.

Fui al baño y al salir, como siempre, me detuve bajo el marco. Aunque por momentos tenía la sensación de hablar solo, conversé largo rato con el compañero, improvisando alientos y haciéndole preguntas. De pronto, se abrió la puerta.

— ¿Dónde se cree que está? —gritó el milico fuera de sí—. Usted está preso. Usted es un pichi que si se le ordena estar callado la boca, no habla. ¿Me entendió? Y menos con este otro que es una planta.

Ese mediodía, el compañero comió gran parte del arroz.

7 —

Una mañana, después de muchísimos años, tomé un ómnibus que me dejó en San Martín y Garibaldi. Las referencias que tenía no eran precisas, pero desde esa esquina comencé la búsqueda. Había caminado la primera cuadra cuando descubrí un viejo almacén. Entré y vi que el comercio derivaba en otro salón un poco más amplio, con mesas y sillas. Detrás del mostrador había un muchacho.

— ¿Está Miguel? —pregunté.

— Sí, un momento que lo llamo.

— No, no. Esperá. Llevalo a ver si sabe quién soy —dije y le entregué el pañuelo, que me había dejado en el hospital.

Caminó hacia el lado del bar y yo dejé pasar unos segundos antes de presentarme. Cuando fui, Miguel agarraba una botella de Ginebra y el muchacho colocaba sobre el mostrador un vaso con dos cubos de hielo.

Ordeñando encapuchados

Los días se acumulaban en un rincón como viejos libros de tapas duras. Uno tras otro transcurrían con sus tiempos iguales y largamente aprendidos por quienes estábamos allí: el desayuno, el rancho, otra vez el rancho por la noche y la acostada. Encapuchados y sentados sobre colchones masticábamos nuestros propios pensamientos o esperábamos la oportunidad de comunicarnos con el compañero que teníamos al lado; intento que casi siempre terminaba en un plantón.

No podíamos dormir. Teníamos la orden de mantener los dedos entrelazados y hacer girar los pulgares. Este movimiento, con el tiempo, derivó en otros por medio de los cuales los milicos parecían paladear más su autoridad: indicaban "ordeñar" y nosotros debíamos subir y bajar las manos cerradas como si efectivamente exprimieramos una ubre, ordenaban "andar en carro" y nosotros debíamos estirar los brazos hacia adelante agarrando unas riendas imaginarias y respetando el balanceo propio de los caminos irregulares. Otras veces gritaban "lagartijas" y debíamos tirarnos hacia adelante y flexionar una y otra vez los brazos hasta quedar exhaustos.

Aquella mañana, luego de una indicación de "ordeñar" tiré la cabeza hacia atrás y mirando por abajo de la capucha vi, por primera vez, aquel cuadro terrible: cincuenta o sesenta hombres encapuchados, descabezados, subían y bajaban los brazos exprimiendo ubres inventadas. Apreté indignado las manos contra las rodillas negándome a aquel absurdo. Inmediatamente sentí pasos que venían en mi dirección y saqué las manos de las rodillas para taparme los testículos, blanco inexorable de sus palos

Ellos optaron por golpearme las rótulas y cuando las fui a cubrir aprovecharon para darme con la punta del tolete entre las piernas.

— ¿Por qué no "ordeñas", pichi? preguntaron.

No respondí.

— Contestá, sorete — gritaron.

— No voy a mover las manos — dije.

— ¡Ah! ¿Estás seguro? Vas a ver que las movés — afirmaron.

Me pararon y me golpearon los tobillos para que abriera las piernas. Al poco rato de estar de pie cuando ya los brazos comenzaban a pesar y las piernas, aun no recuperadas de la tortura, molestaban, escuché la voz de un milico dirigiéndose a otro compañero.

— Usted... ¡Viejo de mierda! ¿Por qué ordeña con una mano sola?

— Porque con la otra sostengo la latita—

respondió él con tranquilidad.

Todos rieron; los presos y los guardias. Pareció ser un mensaje en mi dirección sugiriéndome otra forma menos desigual de resistencia.



El juez y el abogado

Cuando entré, se incorporó. Espigado y elegante, de alguna manera italiano, me ofrecía su sonrisa salvadora. Nos abrazamos.

— Eras el que me faltaba —dijo aludiendo a la defensa que ya había ejercido de mis padres y mi hermano.

El Juez militar, atento a las formas, impostó una carcajada.

Un áctuario leyó el presuario y se sucedieron preguntas, respuestas e intervenciones aclaratorias de Darío. En el momento de firmar él mencionó que había olvidado su lapicera fuente.

— No importa, Doctor. Puede firmar con birome —aseguró el Juez.

— Antes no se podía... —dijo Darío.

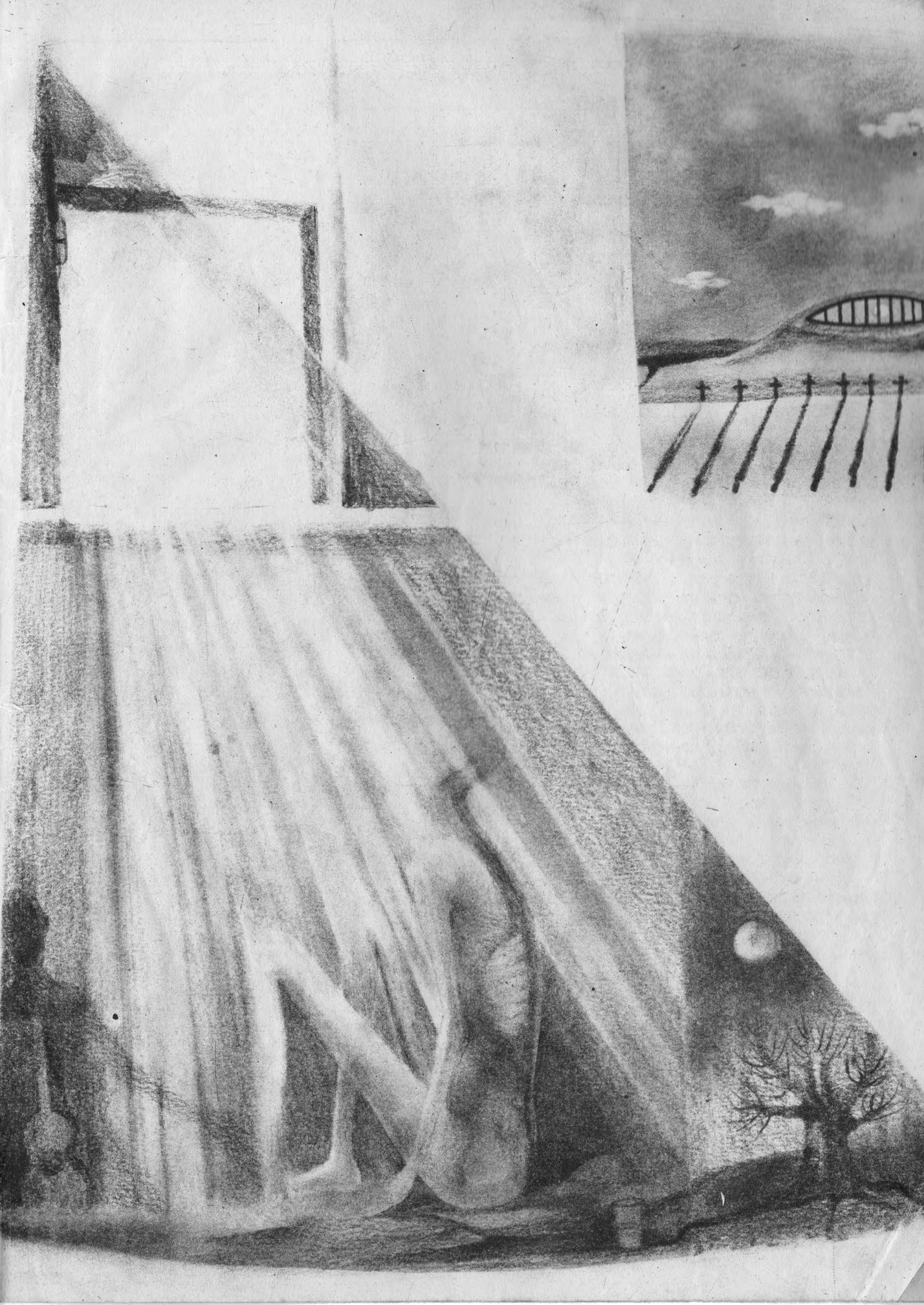
— Pero ahora sí —interrumpió el magistrado y agregó con un gesto de triunfo —Usted ya sabe, Doctor, han cambiado muchas cosas.

— Evidentemente —respondió él devolviéndole el gesto.

Mi mente, mientras tanto, traducía la última parte del diálogo:

"—Usted ya sabe, Doctor, aquí no puede hacer nada".

"Ya lo sé, de todo modos haré lo que pueda".



Un relato con milico y maestra

Era de noche muy tarde. La paja del colchón había terminado de acumularse sobre las costuras laterales del forro y el centro había quedado sin nada. Sólo me separaba del piso la lona y opté por sacarme una de las dos frazadas y colocarla bajo mi cuerpo. Al azar, como llegan los sonidos en el insomnio, comencé a escuchar la conversación de dos milicos.

— ¿Dónde la viste? —preguntó uno con la voz fina y cascada como un hilo de aguas servidas.

— En las viviendas— respondió el otro, refiriéndose a las casas de los oficiales que estaban al lado del cuartel. —Sí yo ayer tenía guardia en las viviendas. Pasó por la garita y se paró a conversar. Serían las siete de la mañana y ella empezaba a dar clases a las ocho, así que hablamos de todo...

— ¿Arreglaste para volteártela?

— ¡Sos milico tarado! Tenés una concha en la cabeza, hablamos nomás. Me contó de la escuela, los gurises y eso... ¿A vos te gusta Isabel?

— ¡Está buenísima!

— Es linda, sí —corroboró con un velado orgullo pero cambiando el matiz.

— ¿Quedaste en algo?

— Mañana tengo guardia de nuevo, pero el capitán se enteró y no sé qué hará. La que le contó fue la guampuda de la mujer, porque cuando Isabel se iba yo la vi mirando desde la casa por atrás de la cortina. Y el otro nabo, que porque tiene alguna estrella se cree más, vino a decirme que era un mal ejemplo para los niños, que no podía hablar con la maestra y menos estando de guardia y yo qué sé...

La conversación, a instancias del milico de la voz fina y cascada, derivó en otras mujeres, sobre las que éste dio todo detalle cuidando, especialmente, que la consumación de sus conquistas fuera algo violenta. Al fin, el sueño, como una espesa y oscura película de aceite, fue ganándome terreno. Al otro día me desperté pensando en el hecho y comencé a imaginar versiones posibles y desenlaces. Fabriqué los rostros de los cuatro personajes: el milico, la maestra, el capitán y la mujer del capitán. Improvisé diálogos, encuentros, desencuentros y traiciones. Por la noche, cuando llegó la orden de acostarnos me di cuenta de que el día había transcurrido, cuadro a cuadro, como una película de secuencias tormentosas, con demencias y suicidios. Recién momentos antes de quedar dormido me molestó el frío que subía del piso de baldosas y el olor agrio de mi capucha, olor a guisos que se añejaban en los bordes de la tela y a transitorios resfríos.

2 —

El tercer día volví a despertar con la historia girando en mi cabeza. Estaba ansioso y expectante de la voz del milico porque, según mis cálculos, ese día le tocaba guardia con nosotros. Retomé mis versiones del día anterior y decidí hacer retoques en el rostro de la maestra. Me preocupaban sus ojos. Demasiado francos y poco desafiantes, no coincidían con ciertas circunstancias que le había creado y que ella debía enfrentar. Opté por aclararlos un poco más y tupirle unas cejas que en principio las había estimado ralas, finísimas, casi inexistentes. Sobre la tarde me pareció escuchar la voz del milico y agucé el oído; no era.

Cuando ya estaba acostado y entrampado por el insomnio, me sobresaltó un cambio de guardia.

— ... en serio —escuché al fin—. El capitán habló con ella y le dijo que no me podía ver más.

¡Hijo de puta! Me las va a pagar el mierda ese...

— Pero... ¿Pasó algo o no pasó nada?

— ¿Si pasó qué?

— Dale... dale... ¿Te la cogiste o no?

— Ya te dije que no. El otro día estuvimos hablando de historia, ella sabe mucho y a mí me gusta. Siempre me gustó.

— ¿La vas a volver a encontrar? —interrumpió.

— Seguro, mañana la veo cuando termine la guardia...

— ¿Y quién le dijo esta vez al capitán? ¿La mujer?

— Para mí que sí. No la vi pero debía estar mirando por algún lado...

— ¿Sabés qué pasa con el capitán? El se debe querer coger a Isabel...

— Puta que lo parió.

3 —

Al otro día el milico no apareció. Al otro tampoco, ni al otro. La historia entonces fue desapareciendo, perdiéndose en otras meditaciones acerca de recuerdos, de futuros a veces adentro y a veces afuera, de fantasías políticas entroncadas en mis deseos. La realidad en esos días fue como una piedra que sólo toma conciencia de su derrumbamiento en el momento que se desprende de la roca y cae.

Mucho tiempo después me enteré por medio de la voz fina y cascada que le hacía el relato a otro guardia, que a la maestra la habían echado. Eso dejaba claro que al milico también le habían dado la baja. Aunque la historia ya no me pertenecía me sorprendí sonriendo con la melancolía que proponen los recuerdos propios. Era el final que siempre me había negado a dar a mis versiones, en las que sistemáticamente rodaban las cabezas del capitán y su señora.

Diálogo de un compañero y un juez

Las preguntas habían terminado. Con oficio, el juez encarpeté sus papeles y guardó los lentes en el estuche. Antes de levantarse encendió un cigarrillo.

— ¡Muy bien! —comentó como liquidando el asunto.

— ¡Muy mal! —exclamó el compañero.

— ¡No se ponga así! Menos la muerte, todo tiene arreglo...

— ¿Y el país?

— ¿El país qué? —preguntó el Juez.

— ¿El país también tiene arreglo?

— Se está arreglando.

— ¿Usted cree?

— ¡Cómo si creo! Estoy seguro.

— ¿Puedo decir lo que pienso?

— Nadie se lo prohíbe —sonrió el magistrado.

— Mire —comentó el compañero con firmeza—.

Hoy por hoy, la única diferencia que hay entre este régimen al que usted representa y el de Hitler o Mussolini, es que ellos tenían masa, pueblo. Ustedes están solos.

— ¿Pueblo? —preguntó, el Juez. Exhaló una densa bocanada de humo y él mismo se respondió: —Al pueblo, pan y circus.

El compañero sonrió. Incorporó un poco su cuerpo entumecido por los golpes y respondió apoyando los codos sobre el prolijo escritorio.

— Circus, Señor Juez, porque pan no hay.

Distintas lecturas de un revoque

Parado en el ángulo del calabozo, me propuse como ejercicio describir el ambiente: cuatro paredes amarillas, una ventana redonda y abierta a algo más de dos metros, una lamparita potente que cae del centro del techo y la puerta de madera sin pestillo y con un agujero tapado del lado de afuera a modo de mirilla. Repetí el ejercicio y se agregaron nuevos elementos: un clavo absurdo a gran altura, cuatro hojas de limonero que entendí propias del lugar ya que sus puntas descansaban sobre el marco interior de la ventana, una mosca frotándose las patas y, sobre la pared izquierda, un revoque que sobresalía apenas. Allí me detuve largo rato, le atribuí la forma de una mujer con moño, de perfil. Me desplazé unos centímetros y, gracias a un pequeño relieve que bien podría ser una nariz, y a

dos zonas oscuras que podrían ser los ojos, se me ocurrió el rostro de un niño. Caminé. Uno... dos... y un poquito. Tres... cuatro... y un poquito. Cinco... seis... y un poquito. Así, seguramente hasta algo más de mil. Me detuve y descubrí en la esquina superior una telaraña que antes no había visto, por lo que me acusé de pésimo observador. Allí estaba atrapada una mosca y pensé que sería la que un rato antes parecía afilarse las patas. Me senté. Puse las manos en el bolsillo de la campera azul y volví a mirar el revoque. Desde allí se asemejaba, gracias a dos finísimas canaletas que podían officiar de cola, a un caballo. Entrecerré los ojos cuando, por la espalda —así aparecen en general los recuerdos— me llegó la noche en que Mario me trajo el caballo de regalo. Estábamos en Playa Verde con mi padre y Román, esperando. Tarde, muy tarde, nos pareció escuchar el sonido de un camión. El silencio era largo y los sonidos, entonces, largos también. Con Román nos paramos, expectantes, contra un árbol. Mi padre caminó hasta la esquina donde supuestamente el vehículo debía aparecer. El motor se escuchaba cada vez más cercano hasta que, como ojos de un inmenso gato, las luces llegaron por donde esperábamos. Mi padre desapareció tras los focos y recién cuando pudimos cruzar su cerco distinguimos el camión no demasiado grande y muy viejo. Mario apagó el motor y escuchamos los cascos nerviosos en la madera.

Mi padre nos levantó a uno en cada brazo y Mario subió a la caja con una cuerda. Primero apareció él tirando de la soga y después, poco a poco, comenzó a aparecer la bestia cuidando los pasos en la rampa y piafando. Me prendí al cuello de mi padre que lanzaba grandes risotadas festejando al caballo y al jinete que, improvisando un bosal; había montado ágilmente y me extendía la mano para que subiera en ancas. Román, más familiarizado, acariciaba el cuello del animal.

— “No seas jodido. Este es el caballo que te prometí” — me decía Mario, y al ver que no tenía respuesta, taloneó y se encaminó a la playa. Nosotros lo seguimos y cuando llegamos a la orilla me dijo que me iba a mostrar lo que era un caballo nadador. Se metió en el agua. — Ahiaijai— gritaba. Y mi padre, con nosotros en brazos, respondía con carcajadas y gritos. Yo veía a Mario meterse cada vez más y más y mi padre improvisaba un coro de tres para gritar: “ ¡Arre! ¡Arre!” . “Paapaa!” aturdía Román y el jinete contestaba: “Roomán!” . Nos encaramamos en los hombros de mi padre. Mario se había perdido en la oscuridad y sólo lo escuchábamos: “ ¡Ahiaijai!” . Comenzamos a meternos en el agua los tres vestidos y mientras el animal y el jinete retornaban, mi padre nos decía que nos prendiéramos de su cuello y se zambullía dando fuertes brazadas para recibirlos.

Me saqué las manos de los bolsillos y me paré abajo de la ventana. Román había muerto tiempo

después, siendo todavía un niño. Aquel día, en el calabozo, me llamó la atención no poder recordar el momento en que él había salido del agua; y ahora, mientras escribo, tampoco puedo dar con el momento en que salió Mario, hoy también muerto. Mejor. La memoria, a veces solidaria, los guarda juntos.

Inconvenientes de un mate

La puerta se abrió y entró el sargento.

—Hoy está de suerte —dijo al tiempo que dejaba el paquete en el suelo— Las cartas me las tiene que entregar los miércoles. Sólo puede escribir dos carillas y a familiares directos. Para tomar mate tiene el sun en el baño que es de los detenidos que están en la cuadra.

—¿Voy a tener visita?

—Ya se le informará.

—¿Libros?

—Los tiene el capitán —dijo y se fue.

Abrí el bolso con ansiedad. Adentro había un termo, un mate, bombilla, yerba, un block de cartas, tres sobres y una lapicera. Mientras sacaba las cosas ordené mentalmente como no lo había hecho en los últimos largos meses, las actividades siguientes: primero, pedir para calentar agua, luego llenar el mate con yerba y una vez que ésta estuviera hinchada, recién allí, sentarme a escribir.

Golpeé la puerta.

—¿Qué quiere? —preguntó el guardia.

—Calentar agua.

—Pase.

Caminé hasta el baño. Llené el termo y lo apoyé en el lavatorio mientras el guardia desde la puerta seguía todos mis movimientos. Puse el sun en el agua y cuando fui a enchufarlo me paralizó el temor. Reconocí el hecho como un efecto tardío de la picana. Miré el enchufe y el tomacorriente. Con la mano levantada me esforcé por retomar lo que significaba una relación natural con la electricidad, pero no pude. Bajé la mano.

—¡Mirá este marica! —llamó el guardia al perrero.

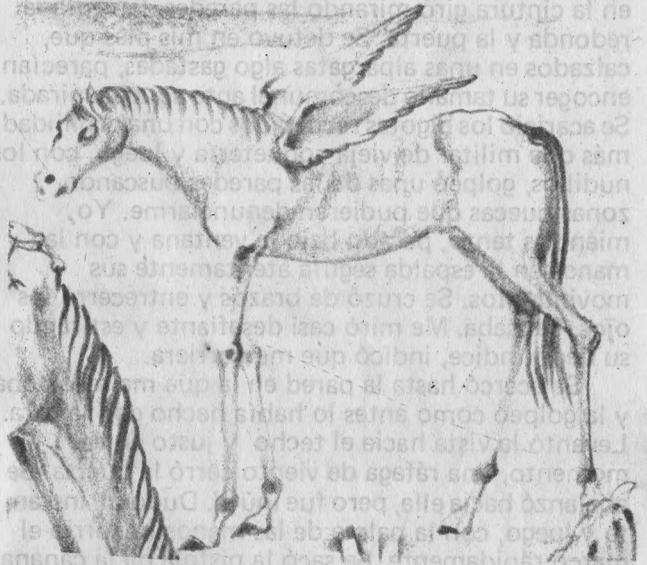
El milico, alto y de espaldas anchas, se agarraba la barriga para reírse. El perrero, tan pequeño que parecía existir gracias al complemento del animal, daba carcajadas finísimas.

Nada tuvo que ver mi masculinidad al decidirme a enchufarlo, más bien fue la certeza de que ésa era una más de las batallas diarias que no había que perder. Cuando vi aquel plástico negro en su lugar, confirmé la vieja teoría de que al miedo hay que enfrentarlo: allí estaba diminuto el objeto de mi temor y al otro lado, yo, satisfecho. Después de un par de minutos en que los milicos

permanecieron callados, observándome, el guardia se adelantó para hablarme.

—Fíjese si el agua está caliente.

Con el sun aún enchufado y totalmente sobrepuesto a mi fobia, introduje el dedo en el agua. Mi estupidez dolió más que la descarga.



La primera carta

Primero escribí Queridos Padres. Lo pensé mejor y puse Padres Queridos. Cuidé especialmente la letra llevando lentamente cada trazo, poniendo el punto de la i al centro de la línea vertical y haciendo las vueltas de las eses dibujando previamente dos círculos imaginarios. Tenía tiempo y en medio del incontrollable torbellino afectivo traté de meditar profundamente qué escribir. En la tapa del block dibujé un pino y pensé que debía intentar por todos los medios convencerlos de que estaba bien. Decidí entonces que lo mejor era no decirlo o sugerirlo, apenas, en la despedida. Habrían transcurrido, tal vez, cuatro meses desde que me habían llevado preso. Al fin pregunté por el trabajo de mi madre y la pintura de mi padre. Le mandé un fuerte abrazo al Camión, y a Sebastián le sugerí que ya estaba en tiempo de darme un sobrino. Lo mejor y lo cierto era que, en todo caso, si había preocupaciones debían ser de afuera, no de adentro. La integridad era más creíble. El final lo reservé para enviarle besos al abuelo. Los finales jerarquizan y él iba a estar contento. En la primera visita, sin embargo, me enteré que fue precisamente en su velorio que la carta llegó a destino.

El sargento encerrado

Estaba en el medio del calabozo. Con las manos en la cintura giró mirando las paredes, la ventana redonda y la puerta. Se detuvo en mis pies que, calzados en unas alpargatas algo gastadas, parecían encoger su tamaño descomunal ante aquella mirada. Se acarició los bigotes recortados con una prolijidad más que militar de vieja coquetería y luego, con los nudillos, golpeó unas de las paredes buscando zonas huecas que pudieran denunciarme. Yo, mientras tanto, parado bajo la ventana y con las manos en la espalda seguía atentamente sus movimientos. Se cruzó de brazos y entrecerró los ojos. Pensaba. Me miró casi desafiante y estirando su dedo índice, indicó que me corriera.

Se acercó hasta la pared en la que me recostaba y la golpeó como antes lo había hecho con la otra. Levantó la vista hacia el techo y justo en ese momento, una ráfaga de viento cerró la puerta. Se abalanzó hacia ella, pero fue inútil. Dudó un instante y luego, con la palma de las manos, recorrió el marco rápidamente. Se sacó la pistola de la canana y caminó los dos pasos que lo separaban de la ventana. Miró por brevísimos segundos las hojas del limonero como si ellos tuvieran la clave de la salida. Volvió hacia la puerta e introdujo el índice en el agujero del pestillo, al que habían retirado por seguridad.

— Con el dedo va a ser difícil —comenté.

Se quitó el quepis y se pasó nerviosamente la mano por el pelo que, corto y engominado, no necesitaba ningún arreglo. Al fin, con el gorro en una mano y la pistola en la otra, me miró como preguntándome qué hacía.

— Golpee, sargento —dije.

Eso hizo.

El telégrafo

Detrás de las hojas del limonero y después de una débil cortina de lluvia el cielo alcanzaba a destacarse gris. Las gotas golpeaban el marco de la ventana y a veces, quebradas, divididas en pequeñas chispas entraban al calabozo donde mi cabeza inclinada un poco hacia atrás las perseguía para que le dieran en las mejillas, en la frente o en los ojos. Esperaba que me sacaran al baño. Cuando lo hicieron, reparé especialmente en la actitud de los milicos mientras yo me aseaba: el perrero permaneció sentado y el guardia me siguió de cerca hasta que entré, pero no se quedó en la

puerta. Cuando volví me senté en un ángulo del calabozo, agarré el block y la lapicera, y comencé a inventar un alfabeto morse que se iniciaba con un punto para la a y luego recorría el abecedario en sucesivas combinaciones de puntos y rayas. Iba a hacérselo llegar al Cuñado.

Mientras lo pasaba en limpio descubrí que varias letras se repetían y tuve que reconstruirlo. En la parte de arriba de la hoja escribí con letras grandes para yo tener la certeza de que él lo habría agarrado "Da tres golpes en la pared". Anoté unas sobrias instrucciones de uso, doblé el papel y afuera puse su nombre.

A la mañana siguiente introduje el mensaje en el bolsillo y esperé que me abrieran la puerta. La lluvia continuaba. Me abrieron y caminé controlando los pasos de los milicos. Oriné. Mientras me mojaba el pelo y la cara con una mano, con la otra saqué el papel del bolsillo. Cerré la canilla y lo coloqué en la boca de desagüe. Volví al calabozo y escuché cuando sacaban al Cuñado. Caminé a una velocidad asombrosa para el pequeño espacio que tenía, especulando con los posibles destinos del mensaje: primero, que lo agarraran los milicos; segundo, que el Cuñado todavía un poco dormido abriera la canilla sin verlo y corriera toda la tinta y tercero, que llegara a sus manos. Consideré lo primero como lo más factible y me culpé de no haber buscado otros márgenes de seguridad.

Cuando el Cuñado volvió, dio dos golpes. Desesperado, le devolví tres y aunque entonces sí, golpeó tres veces, ya no lo consideré válido. Caminé con la certeza de que el papel no había llegado a sus manos. A los pocos minutos, de todos modos, hice un nuevo intento golpeándole según las instrucciones del alfabeto. Me respondió con una serie de golpes incongruentes. Me recosté a la puerta y luego, como el día anterior comencé a perseguir las gotas de lluvia divididas que me llegaban del marco de la ventana. Era agosto. Las carcajadas de la guardia retumbaban en el corredor y, convencido de que el papel estaba en sus manos, supuse que se trataba de un ligero regocijo ante los castigos que sobrevendrían. Escuché que en el piso de arriba corrían unos cajones y un grito difuso entró desde la plaza de armas; todo lo que escuchaba lo vinculaba a un futuro inmediato terrible. vinculaba a un futuro inmediato terrible.

De pronto, como si alguien chasqueara los dedos delante de mis ojos sacándome de una inercia hundida y sofocante, oí que del calabozo del Cuñado me llegaban unos golpecitos. Agucé el oído y el corazón me latió con fuerza. Rápidamente agarré el block y la lapicera y comencé a traducir: primero la ese, luego la a...

— ¡Salud! —decía el Cuñado después de seis meses de estar uno al lado del otro sin poder cruzar una palabra.

— ¡Salud! —respondí y aquel primer día conversamos largamente.

Primeros aprendizajes

—¿Vos qué sos? —le pregunté al Pelado.
—Preso —respondió.
—Ya sé —dije sonriendo por lo que interpretaba como obviedad —pero... ¿sos del Partido? ¿Tupa? ¿Qué sos?
—Preso —insistió.
Me tomó de un brazo e hizo fuerza para que me sentara a su lado. Cebó un mate y me lo extendió. Dejó el termo a un costado y levantó del suelo una bolsa de náilon llena de puchos cortísimos. Cuando la abrió nos envolvió un olor pegajoso, añejo. Sacó tres y, con dedos evidentemente habituados a la tarea, les quitó la negra marca que había quedado de otras encendidas. Luego, volcó todo el tabaco en una hojilla, armó un cigarro y lo encendió.
—Te voy a explicar... —dijo. Pero yo ya había entendido.

Sonó el trompeta

Por la puerta de tejido los veíamos conversar animadamente. De pronto sobresalió la voz del negro.
— Lo que pasa es que la banda de acá es una murga. No embocan ni una nota. Nadie sabe nada y el que la dirige sabe menos. Banda, por ejemplo, es la de la marina. Esa sí, suena que es un disparate. Pero ésta es una porquería, te lo digo yo que sé bastante. ¡Esta es una murga! —insistió.
— Treinta días de arresto, soldado —gritó el alférez director de la banda, quien por una desastrosa casualidad, acertaba a pasar por detrás de ellos y había escuchado toda la conversación.
— Pero mi alférez. . .
— No discuta —interrumpió el oficial y se fue con paso decidido.
El milico negro se sentó con la cabeza gacha, derrotado. Se quitó el quepis y se entretuvo haciéndolo girar en sus manos, muy despacio.
— ¿Sabés qué pasa, Carlitos? —le dijo al fin al otro milico con una voz muy débil, como justificándose—. Yo la música, la llevo en el corazón.

Visita y expulsión

Salté para descolgar el saco de la alta y pequeña ventana del calabozo. Estaba tejido con lana de muchos colores y se lo había pedido a mi madre para que me ayudara a sobrevivir el amarillo tenso de las paredes.

Abroché uno a uno los botones mientras sentía, como siempre antes de cada visita, que la capacidad del alma se desbordaba. El sargento abrió la puerta y di los ocho o nueve pasos que me separaban del locutorio. Me sorprendió ver que mi madre y mi padre llegaban juntos porque, dado los gastos que demandaba el traslado, habían decidido turnarse en las visitas.

— ¿Sacaron la grande que vienen los dos juntos o traen una noticia?
— Me temo que traemos una noticia —dijo mi padre sin dejar de sonreír.
— Y además mala —comenté.
— Mala —confirmó mi madre.
— ¿Más presos?... ¿Muertos?... ¿Enfermos?... ¿Desaparecidos? —ironicé pretendiendo disimular una angustia creciente.

— Expulsaron a tu madre del país —dijo mi padre—. Hace dos días le llegó la notificación del Ministerio y le daban tres días para irse. Ita se movió y consiguió que extendieran a cinco días el plazo.

Miré a mi madre. Luego desvié la vista y, por la ventana, dejé que los ojos descansaran lejos, lo más lejos posible, al otro lado de la carretera y atravesando una porción de tierra arada.

— No entiendo ... —murmuré.
— Parece que hay una ley que dispone la expulsión de los extranjeros que hayan sido procesados —explicó mi madre...
— ¿Y la reflotan contigo, ahora, después de dos años que estuviste procesada? Buenos hijos de puta...

— Estamos intentando tomarnos las cosas con calma —intervino mi padre—. Hay que pensar que ella se va con gente despidiéndola y llega con gente que la va a recibir. Va a estar con Sebastián, la familia y muchos amigos. No te olvides que en este mismo momento hay otros que se van escondidos, clandestinos, sin dinero, sin ropa y en medio de la incertidumbre más total. A ella no le va a faltar nada.

— Le va a faltar todo —interrumpí.
— Tenés razón —admitió mi padre—. Quiero decir otra cosa: se va en las mejores condiciones que son posibles...

— Tenés que estar fuerte y tranquilo —intervino mi madre—. Yo voy a estar bien.
— ¿Vieron al Camión? —pregunté.

— Ayer tuvimos visita.
 — ¿Qué dijo?
 — Algo así como que le hacían pagar a ella los compromisos nuestros —respondió mi padre.
 — Es verdad —dije, temiendo estirar la frase porque la voz amenazaba con quebrarse.

Se acercó el sargento. Comunicó que mi madre y yo estábamos autorizados a despedirnos. Cuando terminó la visita me llevaron a la puerta que daba salida a ese sector de la guardia. Allí estaba ella esperándome. Nos abrazamos y sentí su mano, deslizándose en mi cabeza mientras murmuraba palabras de aliento y recomendaciones: “no dejes de lavarte los dientes”. Lloré y me sentí torpe. Unos segundos después, la indicación del Sargento marcó el final de la despedida. Volví y me paré frente al calabozo sin poder desprenderme de los ojos de mi madre que encontraba suspendidos allí donde dirigía la vista. El Petiso, que volvía de la visita, apoyó rápidamente, como una garúa, su mano en mi hombro. “Arriba”, dijo. Me abrieron la puerta y entré. Uno a uno, con cansancio, desabroché los botones del saco. Me lo quité y lo tiré para que quedara enganchado de la ventana. Luego miré alternativamente las paredes y el abrigo que, colgado de un solo lado, caía, para mi gusto, poco abierto.

— Este amarilló me pudre —comenté al fin en voz alta y salté para extender el saco así sus colores llenaban un poco más el espacio.

Sócrates Teetetos y el Garufa

Con su cabeza prolija, de frente grande y a la que sólo cruzaban algunas arrugas, describía círculos en el aire trabajando los músculos del cuello. Luego flexionaba decenas de veces las rodillas y por último, con las piernas separadas movía el tronco hacia un lado y hacia otro. Cuando terminaba su sesión de gimnasia, siempre hecha a escondidas, se colocaba la toalla sobre los hombros, agarraba el frasco en el que había acumulado el orín y esperaba la primera sacada al baño. A su regreso, antes de salir al trabajo, se sentaba en la tarima y mientras tomaba mate, contaba cosas. El Garufa siempre contaba. Sus anécdotas eran como un sandwich gigante y de contenido múltiple: tenían un gusto impredecible, pero siempre eran sabrosas.

“El Gurí —decía aquella mañana recordando sus clases de filosofía— era el peor alumno. Eran las pruebas semestrales y yo puse de tema un comentario sobre Teetetos acerca del conocimiento. Comencé a caminar entre los bancos y, para mi sorpresa, ví que el muchacho escribía y escribía

sin parar. Supuse que, en un intento desesperado por salvar el año, se había decidido a estudiar. Cuando entregaron los escritos, con mucha curiosidad, busqué inmediatamente el suyo. Decía lo siguiente:

Teetetos —¿Qué hacés Sócrates?

Sócrates — ¡Opa! ¿Cómo andás Teetetos?

Teetetos — Un poco aburrido. No sé qué hacer. ¿Tenés ganas de charlar?

Sócrates — Tengo.

Teetetos — Entonces charlemos, Sócrates.

Sócrates — Charlemos, Teetetos.

Teetetos — ¿De qué te gustaría hablar?

Sócrates — De lo que te parezca.

Teetetos — ¿Del conocimiento?

Sócrates — Bien, Teetetos, charlemos del conocimiento.

Teetetos — Sócrates ¿qué es el conocimiento?

Sócrates — ¡Yo qué sé!

Teetetos — Y cómo, ¿vos no eras el que sabías tanto?

Sócrates — Yo sólo sé que no sé nada.

El cabo y el búho

Habíamos terminado de comer y el Buho, responsable de la fajina, pidió permiso para ir a lavar el tacho, tarea que había que realizar en los baños, ubicados al otro lado de la alambrada. El milico se negó y él insistió argumentando, con razón, que si no lo lavaba en ese momento, la grasa coagulaba y se adhería a las paredes del tacho dificultando más la limpieza.

— ¿Qué problema tiene con la comida?— preguntó el cabo que llegaba en ese momento.

— Ninguno, cabo —respondió el Buho—. Pedía permiso para...

— No dé explicaciones y conteste...

— Le estoy contestando: pedía permiso para lavar el tacho.

— No. Usted decía que la comida tiene grasa...

— Yo no decía exactamente eso. Pero ya que usted lo menciona... no caben dudas que la comida tiene grasa —dijo el Buho señalando el resto del caldo que se conservaba formando una gruesa y resquebrajada película amarilla.

— ¡Afuera! —ordenó el cabo y el Buho salió—. ¡Quiero ver si te seguís quejando de la comida! —desafió mientras lo llevaba al calabozo.

A los dos días lo trajeron nuevamente a la cuadra. Tenía un ojo inmensamente hinchado y con un color violeta que variaba su intensidad haciéndose más oscuro a medida que se acercaba a la nariz. Rengueaba un poco.

— Plantón y paliza —fue el único comentario que hizo y sin ningún matiz trágico agregó—. Dice que es la única manera que nosotros

aprendemos.

Mientras el Cuñado le examinaba el ojo el Buho preguntó si había mate pronto y habló de temas que nada tenían que ver con los dos días pasados. Ese mediodía, cuando terminamos de comer él se levantó, agarró la olla y fue hasta la puerta.

— ¡Guardia! —gritó y agregó una vez que el milico se había acercado—. Necesito lavar el tacho.

El tiro en la pared

Un bozo incipiente se confundía con la piel más bien oscura de aquel milico joven. El uniforme era grande para su talla y también el fusil con el que no dejaba de apuntar a Miguel. Caminaron contra la pared de piedra, por el sendero angosto que conducía a la enfermería, donde acostumbrábamos lavar la ropa. A una prudente distancia caminaban el perro y su amo, a los que nosotros atribuíamos, como a los matrimonios de años que terminan por parecerse, una similitud de gestos. Al llegar a la puerta, el milico entró y después salió para indicarle a Miguel que pasara. El perrero esperó afuera. Llegando al baño, el milico repitió la maniobra: entró primero y estudió el ambiente en detalle, después se apretó a la pared y lo mismo hizo con la culata del fusil. No quitó el dedo del gatillo. Miguel metió las sábanas en la bañera y abrió la canilla. Esperó que el nivel del líquido subiera y comenzó a pasar jabón. En ese momento sobrevino el estampido agigantado por la especial acústica del baño. El milico, aterrorizado, permaneció con el dedo en el gatillo y los ojos muy abiertos. Inmóviles. Con la punta de la sábana en una mano y el jabón en la otra, Miguel miró el boquete que había dejado el balazo en la pared. Estaba entre su antebrazo y su pecho. Respiró hondo, muy hondo y volvió a frotar con el jabón.

—Hay que tener cuidado m'hijo —comentó—. Las armas las carga el diablo.

Un gorro rojo, azul y blanco

Era rubio, casi barbilampiño y más bien bajo. Tenía unas espaldas anchas hasta dar la sensación de que no le pertenecían. Había trabajado en la construcción.

“El último verano —contaba Blanquito—, el

del 75, estábamos llenando una losa en Punta del Este. En un descanso miré hacia un costado y vi que el tipo que me voleaba los baldes, sacaba un gorro de lana y se lo ponía. ¡Un gorro de lana en medio de ese calor! Era rojo, azul y blanco. Una de dos: o era fanático de Nacional o fanático del Frente. Después, mientras llenaba la planchada, pensé que el tipo, seguramente, era frenteamplista y estaba buscando a alguien con quien conversar, recordar en plena dictadura la militancia en algún comité, putear a los milicos sin riesgos o ver cómo armar el sindicato. Rescatar a alguien de sus soledades políticas o que alguien lo rescatara a él. Al mediodía habíamos terminado de llenar la losa y comíamos asado. Me le acerqué.

— Hincha de Nacional... —afirmé deseando una respuesta negativa para poder confirmar su condición política.

— Hincha de Peñarol —dijo sonriente y agregó

— Desde que jugaba el Pepe Schiaffino.

Esperó que le devolviera la sonrisa. Eso hice y nos estrechamos las manos”.

En la quinta 1

El sol andaba en las espaldas, palpitando. El barro y el sudor formaban una pasta húmeda sobre la piel y entre las uñas. En los descansos más prolongados, sin embargo, esa mezcla se secaba, se resquebrajaba y con una pequeña ayuda, caía. Aquella tarde, el Guille y yo carpíamos. Nuestras azadas eran más grandes que los espacios sin cebollines por lo que, además de quitar los yuyos, la mayoría de las veces también arrancábamos las plantas o, al menos, algunas de sus hojas.

—Es un cuento maravilloso —comenté al tiempo que volteaba la herramienta—. Se llama Rodríguez, que es el nombre del personaje. El diablo se le aparece como figura humana y le ofrece de todo. El paisano, descreído, ajeno, imperturbable, sigue su rumbo sin comentar nada o muy poca cosa.

—¿Pero qué le ofrecía? —preguntó el Guille descansando el mango de la azada sobre las piernas y abriendo sus manos inmensas.

—Todo: oro, poder, puestos, cargos militares...

—¿Y el paisano?

—Ni bola. El tipo seguía tranquilo, dale que va. En lo suyo y sin impresionarse por el otro que transformaba su caballo en pescado, que le iba a dar fuego con una yesca y la transformaba en víbora. Ni pelota. Manso el gaucho.

— ¡Qué lo parió al paisano!

—Entonces, el diablo, cansado, podrido del tipo ése al que no podía convencer con nada, lo

mira antes de irse y le dice: ¡Te vas a la puta que te parió!

—¿Te vas a la puta que te parió? —preguntó el Guille— ¿A Rodríguez le dijo eso?

—Sí, a Rodríguez.

—¡Te vas a la puta que te parió! —repitió y lanzó una carcajada injustificada para lo mal que yo había hecho el cuento. Retomó el trabajo, pero inmediatamente se detuvo y se apoyó en el mango de la azada. —Buena la pasta que tuvo el paisano. —comentó—. Te imaginás la calentura del diablo.

¡Te vas a la puta que te parió! —dijo, e insistió llenándose la boca con el insulto — ¡Te vas a la puta que te parió... Rodríguez!

—Acompáñenme los dos —escuchamos un grito a nuestras espaldas. —Están sancionados.

Nos dimos vuelta sorprendidos y allí descubrimos al cabo responsable de la quinta. Tenía una prominente barriga que le caía sobre el cinturón dentro del cual calzaba los pulgares.

Recién en ese momento nos acordamos que su apellido, como el del personaje de Paco Espinola, también era Rodríguez.

Navegar es necesario

Me habían sacado de la cuadra muy de madrugada y sólo me habían dado tiempo para agarrar una muda de ropa y tabaco. Iba esposado y encapuchado en la caja de un camión. Después de algo más de cien kilómetros entramos en un cuartel. Me bajaron y me llevaron a una habitación donde me quitaron la capucha. No sabía a qué se debía el traslado. Desconcertado, caminando de un lado a otro en aquel cuarto desnudo, traté de buscar en la memoria todas las posibilidades que pudieran suscitar un nuevo interrogatorio. La mente, resbaladiza, difícil de asir como un pescado, no me permitía organizar los pensamientos. Entró un oficial joven, alto y rubio: nazi perfecto. Giró a mi alrededor y comenzó a relatarme con una precisión que sólo permitía el conocimiento directo, algunas de las torturas que me habían infligido hacía ya más de un año. Se retiró. Sin darme tiempo a que los nervios continuaran su trabajo entró un sargento y con la cabeza me indicó que lo siguiera. No me encapuchó. Caminamos hasta un jeep y corrieron el asiento delantero para que yo pasara hacia atrás. Apenas apoyé el pie en el estribo me desorientó un penetrante perfume que, aún sin verla, me advertía de una presencia femenina. Miré y descubrí una muchacha. A su lado un miliquito agarraba con firmeza un fusil. Me senté, después

subió el sargento y arrancamos. Con rapidez consideré dos posibilidades: podía ser una soldado o también, en la lógica militar, podía tratarse de la familiar de algún oficial. En aquel cuartel existía una cárcel de mujeres, pero me pareció imposible que a una detenida la trasladaran sin capucha y desatada. Ella extendió la mano y apretó mi brazo.

— Soy compañera —dijo muy despacio como adivinándome el pensamiento. A la cuarta o quinta cuadra, el Sargento me sacó las esposas.

2 —

Llevábamos muchos kilómetros. El sol comenzaba a subir y a medida que la luz entraba en el vehículo, los ojos de ella, grandes y decidores, iban adquiriendo una dimensión que no dejaba lugar al resto del paisaje. Nuestras palabras se atropellaban y parecían pedirse permiso para poder llegar de la boca al oído. El sargento y el miliquito dormían y el chofer solicitaba que le diéramos conversación cuando el sueño amenazaba con vencerlo.

La situación, ya de por sí poco creíble, perdía todos sus márgenes de realidad al recordar otros traslados: capucha, alambres y, cada tanto, ponchos y pies de milicos con botas de suela gruesa entreteniéndose en el pecho o la espalda, según la posición en que uno hubiera quedado. El sargento se despertó y ordenó al chofer detenerse en un bar que estaba sobre la carretera.

— ¿Toman un cafecito? —preguntó mientras bajaba.

— Sí, —respondió ella.







Yo la miré.

— ¡Vamos!—

— No voy —respondí con parquedad.

El miliquito seguía durmiendo y el chofer abría la tapa del motor para examinarlo. Quedé solo, de pie sobre el balasto. A un costado de la carretera había un pequeño conjunto de casas y al otro lado se extendía el campo. La situación se había tornado del todo absurda y me desacomodaba un miedo brutal a la permisividad exagerada.

Me recosté al jeep y quieto, aguardé que volvieran. Ella llegó primero.

— ¿Qué es esto? —pregunté serio.

— Esto quiere decir que si nos dan vida no tenemos que preguntar por qué lo hacen. Tenemos que aprovecharla —respondió, igualmente seria. Y me convenció.

3 —

En el juzgado todo fue muy rápido e inmediatamente emprendimos el camino de regreso. Estaba atardeciendo. Ella hablaba de las compañeras y yo de los compañeros. Así, por ejemplo, Julito tendría noticias de Carmen y ella de él en un intercambio que, con esfuerzos, los ayudaría a sobrellevar el rigor de la censura que les detenía la correspondencia. Después, nos ocupamos de nosotros. Era de noche y al mutuo encandilamiento agregábamos formas de la seducción que nos obligaran, aún más, a no olvidarnos.



4 —

A mitad de camino entramos a un cuartel y el Jeep estacionó en la plaza de armas. Era tarde y excepto en la guardia, que se encontraba a unos cincuenta metros, no se veía a nadie. El chofer, el miliquito y el sargento bajaron y nosotros quedamos solos dentro del vehículo. Ella sugirió descender. Nos sentamos en un pequeño cordón y muy juntos, pegados, permanecimos en silencio por primera vez desde que nos habíamos encontrado.

— Poné los dedos así —dije al fin haciendo un cuadrado con el índice de una mano y el índice y el pulgar de la otra—. Ahora, a través de ese cuadrado mirá sólo el balasto.

— Está —dijo ella que tenía los dedos en la forma que yo le indicaba.

— Pensá —sugerí— que, en realidad, lo que ves es una calle del bosque de Piriópolis. Es una noche que me estás o te estoy regalando.

— ¿Cómo se llama esta calle?

— Simón del Pino.

— ¿Tu casa está lejos?

— A tres cuadras. Aquí enfrente hay una iglesia y si seguimos caminando vamos a dar al Pueblito Obrero, a la derecha está el Cerro del Toro.

— ¡El Cerro del Toro! —exclamó manteniendo siempre la posición de los dedos—. Tenemos que subirlo.

— De noche es imposible.

— ¿Mañana?

— Mañana.

Nos distrajo un grito. Era el sargento haciéndonos señas para que nos acercáramos. Nos condujeron a un comedor de tropa donde nos esperaban dos costillas. Nos sentamos. Corté la carne que estaba en su plato y luego, muy despacio, fui comiendo la que estaba en el mío.

Apareció el miliquito con una jarra de metal y el sargento le indicó que me la entregara.

— Lo único que te pido —dijo— es que no te mames.

Era cerveza. La invité a ella y no quiso. Me llevé el recipiente a la boca y bebí hasta terminarla. Me limpié con la manga del buzo.

— Bueno, ya está —comenté ante semejante trato—. Ahora pueden fusilarnos.

El guardia lanzó una carcajada y yo miré al sargento. Sonreía.

Levantó su jarra.

— Salud —dijo.

— Salud —repetí levantando la mía y vacía.

5 —

El resto del viaje, mientras charlábamos, pensaba en qué decirle, cómo dar con la palabra que determinase el fin de esa historia. O mejor: cómo dar con la palabra que determinase el comienzo de otra. Creí encontrarla, pero no la

pude pronunciar. Apenas estacionamos en la guardia del cuartel de donde habíamos partido, nos hicieron bajar. A ella se la llevaron de inmediato y antes de perderse en la oscuridad de la plaza de armas alcanzó a girar la cabeza. Fue todo. Me doblaron el brazo sobre la espalda y me llevaron a un calabozo.

Visita y razzia

Sonrió. Como siempre. Metió los dedos entre la doble alambrada y yo hice lo mismo desde el otro lado. Así nos saludamos. A pocos metros estaba el guardia que, como en otras oportunidades, nos advirtió que no podíamos tener contacto físico.

— ¿Estás bien?

— Bien, ¿y vos?

— Bien. Muy bien.

Volvimos a sonreír. Le pidió permiso al guardia para pasarme un cigarrillo y así supe que algo no andaba. Lo que no denunciaba su semblante lo denunciaba su actitud: previo a las malas noticias él tenía el recurso del tabaco como si éste ejerciera cierto efecto anestésico sobre el alma. El guardia llamó al sargento y le entregó el cigarrillo, él lo miró detenidamente y luego me lo alcanzó.

— ¿Cómo está mamá? —pregunté ansioso antes de encender...

— Está muy bien...

— Bueno, entonces tema.

— Tema —repitió—. Hay una razzia muy grande en Piriápolis. Levantaron mucha gente. Algunos del Frente y otros que ni tuvieron ni tienen nada que ver con nada.— Dio una larga pitada a su cigarrillo y agregó: — Antes de ayer trajeron el cadáver de Eduardo.

— ¡¿Eduardo?!...

— Mataron a Eduardo.

— ¿Eduardo Mondello? —pregunté confuso.

— Sí. Evidentemente fue todo muy difícil.

Después de estas noches en que a las tres de la mañana, en autos con escape libre y vestidos de civil, enloquecidos, arrancaron a la gente de las casas, antes de ayer Piriápolis amaneció cercado, ocupado por camiones y tiras.

— ¿Vos?

— Yo espero que me vengán a buscar. Me siento en el sillón verde, leo y allí me quedo hasta la madrugada con todas las luces de la casa encendidas y con los bolsillos llenos de cigarros.

La otra noche pararon frente a casa. Como no entraban salí a ver lo que pasaba: en ese momento sacaban del edificio de al lado a Tito con esposas y capucha. Antes de ayer pasé toda la noche

en el velorio. Los tiras estaban en todas partes. Alguna gente se animó a ir y a otra que había salido de sus casas con esa intención la paralizó el miedo.

— Andate a Buenos Aires —dije.

— No.

— Mamá debe estar muy nerviosa —insistí.

— Todos los días hablo con ella por teléfono.

— No es lo mismo.

— No es lo mismo —afirmó—, pero no puede ser de otra manera.

— ¿Viste a Pepe? —pregunté consciente de que cualquier insistencia hubiera sido inútil.

— Sí, sí. Estuve con él. Cuando lo saludé me dijo: "Todos dicen que vos estás jodido porque tenés tus hijos presos y a tu mujer en Buenos Aires. Mirame: yo tengo un hijo preso y al otro que se lo habían llevado joven y sano, me lo acaban de devolver muerto". Ayer, en el entierro, también cercado por milicos, después que bajaron el cajón nadie se movía. Ni los sepultureros. Había que decir algo, arrancarse alguna cosa. Nos acercamos al pozo, agarramos un poco de tierra y la tiramos para adentro. Alguien dijo: "Por los que estamos y por los que no están". Entonces sí, los sepultureros taparon el cajón.

Después de un rato el sargento golpeó las manos indicando el final de la visita.

— ¿Sacaste carta? —alcanzó a preguntar.

— Sí.

A través de los alambres lo vi caminar enfundado en su saco de pana gruesa. Pensé en Eduardo, en Pepe, en todos: el afuera, siempre tentador, se transformaba en una referencia monstruosa. Antes de salir, desde la puerta, mi padre levantó sus brazos inmensos. Levanté los míos. No sabíamos si volveríamos a vernos.

Una historia con revólver

El cabo, alcoholizado y prepotente, caminé derecho a la puerta de alambre apuntándonos con un viejo revólver. Atrás suyo, tímidamente, el guardia y el perrero le preguntaban qué iba a hacer. El continuó paso a paso, con la firmeza impostada de los borrachos y sin responder. Al llegar a la puerta se detuvo y desvió apenas el caño del arma para indicarle a los milicos que abrieran. El guardia y el perrero se miraron.

— Cabo . . . —comenzó a decir uno de ellos.

— Abra y no joda —lo interrumpió.

El soldado introdujo la llave en el candado. Nosotros, mientras tanto, seguíamos sus movimientos en silencio, tensos. El no miraba a nadie en especial. Sus ojos iban hacia adelante, sencillamente por arriba del mundo. Una vez que el

milico abrió la puerta bajísima, el cabo se agachó y entró a la cuadra. Su mirada y el caño hicieron entonces un mismo recorrido deteniéndose en cada uno de nosotros hasta llegar al Petiso. Lo miró largo rato y luego le indicó que se acercara. El compañero dio dos pasos decididos hasta quedar a escasos centímetros del revólver.

— ¿Qué pasa? —preguntó en un tono alto y desafiante, no habitual en él, que seguramente usó para sobreponerse a su propio miedo.

El cabo demoró en responder. El Pelado, despegado del grupo, encendió un tabaco sin quitar la vista del revólver. El Petiso se restregó las manos que había puesto a sus espaldas. Al fin, el cabo hizo girar el arma en el aire y la agarró por el caño;

— Usted que hace cosas tan lindas en hueso —dijo— ¿no se animaría a hacerle las cachas a este revólver que están muy viejas? ¿Sabe? —agregó—, es un recuerdo de mi abuelo.

Notable!

Apareció en la puerta. Lo traían de Libertad y del hombro le colgaba un largo bolso de lona. A su lado el sargento le daba las últimas indicaciones acerca del reglamento que regía aquella improvisada cárcel. Todos nos acercamos a recibirlo. Me causó gracia notar que conservaba sus piernas flacas y arqueadas que a cada paso se flexionaban dando la impresión de que llevaban un amortiguador incorporado a las rodillas. Nos abrazamos. Los sentimientos se encontraban: por un lado la alegría del reencuentro y por otro el absurdo de su prisión que, después de haber cumplido la pena, se extendería por un tiempo indeterminado. Meses o años. Luego de una conversación en la que sobre todo escuchamos las últimas noticias que él traía del penal, le



acercaron un mate. Mientras tomaba le puse la mano en el hombro.

— ¡Qué notable Terito! —dije, pensando más en su presencia que en su situación.

El levantó la cabeza y me miró. Luego habló con ese tono suave que muchos adquieren en la cárcel de tanto cuidarse del oído de los milicos.

— Notable las pelotas —dijo y volvió a sorber la bombilla.

El paraguayo de juez

El sábado era luminoso y por ahí, entre los presos, andaba una expectativa próxima a la de los adolescentes ante una noche con baile y con novia: alegre, comentada y cachadora.

—Prepárense. Hoy a las tres van a tener fútbol— había dicho el Sargento, comunicándonos una resolución que se enmarcaba en las abundantes curiosidades militares. Por aquel entonces sólo teníamos recreo una vez cada quince o veinte días y el mismo se limitaba a caminar durante cuarenta minutos por un amplio patio de balasto.

Para no perder tiempo, se determinaron los equipos antes de salir y cuando llegó la guardia para abrirnos la puerta, ya estábamos prontos y formados en una prolija fila india. La cancha era pequeña pero suficiente.

El Paraguayo colocó la pelota al centro de la cancha y dio el grito inicial. Sería el juez. Hambrientos, desorganizados, uruguayos, comenzamos a correr detrás del balón. Los milicos, distribuidos estratégicamente alrededor de la cancha, hacían comentarios acerca del nivel de los jugadores mientras nosotros, más allá de la prisión o la libertad, más allá de la presión internacional o del socialismo, puteábamos al juez, nos reprochábamos pases mal dados y nos quejábamos por algún empujón que se cruzaba en la tibia.

El Flaco, a quien jamás le habíamos creído su historial futbolero en un cuadro de San José, nos enrostraba un milagroso dominio de pelota.

El Ingeniero, cerebral y muy joven, intentaba armar el juego desde el centro de la cancha y el Garufa, Capitán del seleccionado de Treinta y Tres, veinte y pico de años antes, era capaz de ser el mejor, jugando parado. Atrás iba el pelotón en el que se destacaba la Vieja, gritón y con antecedentes en divisiones inferiores del Atenas de San Carlos y por último estábamos los destinados a cuidar el arco: los peores.

El Paraguayo, con su habitual buen humor, cobraba las faltas sin aceptar quejas. "Los fallos no se discuten", decía. Los

milicos, seguramente también más allá de nuestra prisión o nuestra libertad, de nuestras presiones internacionales o de nuestro socialismo, estaban cada vez más inmersos en las alternativas del juego. Se reían, gritaban y hasta aplaudían las buenas jugadas.

En un momento, una salida brusca de la Gata provocó la caída del Pelota cuando éste se acercaba al arco con el balón dominado, pronto para patear. El Cabo, presuroso, se acercó al Paraguay y cuando éste esperaba que le dijera que daba por terminado el partido, o que corría una calabozada para el compañero "agresor", lo sorprendió la sugerencia.

—Señor Juez —dijo— Usted no cree que da para una tarjeta roja.

—Yo pienso que no —respondió él con cierta timidez.

—Yo que usted lo mandaba a las duchas —insistió el milico.

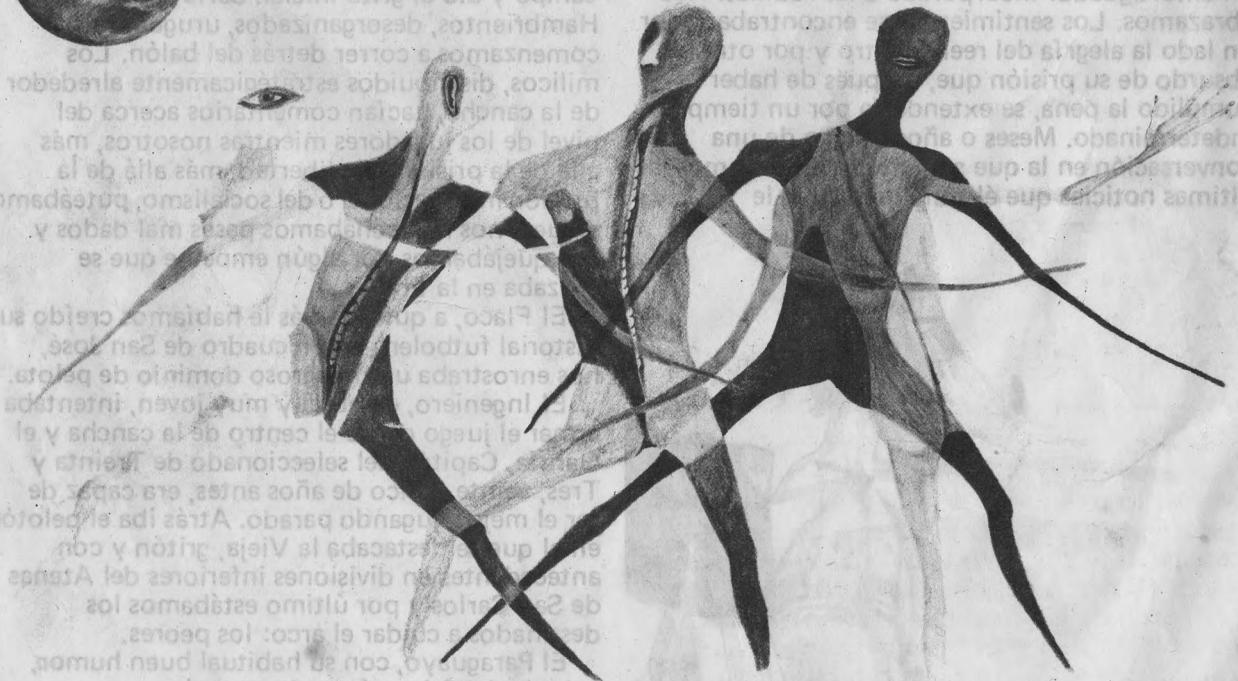
—No, Cabo —decidió el Paraguayo—. La jugada no fue tan dura y además no hubo intención. Con una advertencia es suficiente.

Por suerte, el noble poder del fútbol, había confundido los roles.

En la quinta 2

Con un palo sacamos los gruesos pegotes de barro que se habían secado contra el metal y luego sumergimos las azadas en el estanque para que el agua terminara de limpiarlas.

— ¡Aquellos muchachos! —exclamó el viejo secudiéndonos en principio con su pasión—. Yo viví aquel año parisino glorioso. Era el 68 y los



estudiantes escribían en las paredes: ¡Viva Heráclito, Muera Parménides!

¡Aquellos muchachos eran maravillosos!

¡Locos! ¡Valientes! —sacó la azada del estanque y la apoyó contra la pared de material—. ¿En qué estaba? —preguntó.

— En aquellos muchachos — respondió Ariel.

— Es cierto. La Sorbona y todas las calles de París tomadas por esa juventud. Aquella... ¡aquella juventud se rebelaba! —exclamó, y agregó: —No como ésta...

Nos miró. Sólo uno de los que estábamos allí pasaba los veinte años. Se sacó los lentes y comenzó a desempañarlos con el borde de la camisa.

— Perdón, —dijo, sonrió con picardía y volvió a colocárselos.

Militares constitucionalistas

—En la Constitución hay un artículo que prevé nuestra situación —dijo Ernesto que ya hacía un año y medio que había cumplido la pena y continuaba preso por medidas prontas de seguridad— allí se nos da como opción la salida del país y es lo que yo elijo.

—¿La Constitución? —preguntó el teniente con las manos en la cintura.

—Exacto.

—¿Nuestra Constitución? —insistió.

—Sí, sí, claro.

—La del 66.

—67 —corrigió el compañero.

—Sí, sí, la del 67 —sonrió el teniente— Bueno... con esa hay algún problemita —dijo.

—¿Cuál?

—Que me la paso por el culo.

Una declamación fallida

Algunos compañeros dormían escondidos en los espacios que quedaban entre tarima y tarima mientras otros nos preparábamos para salir a la quinta. En la cuadra el aire parecía no moverse y más aún: daba la sensación de pegarse en el rostro como si tuviera una consistencia gelatinosa. Era una típica hora de siesta en el verano de Melo. Después de calzarme las alpargatas, recogí de entre una pila de libros una antología de Miguel Hernández que sorpresivamente había sorteado la especial saña de la censura. Comencé a recitar en

voz alta. Aunque se tratara de una pésima lectura, una cierta confabulación del entorno y, sin duda, la pasión del poeta, me hizo levantar más y más la voz hasta que, en determinado momento, me llamó un guardia desde la alambrada. Mientras yo me acercaba, él abrió la puerta bajísima, de jaula, que nos separaba.

— Salga —dijo.

— ¿Qué pasa? —pregunté una vez que estuve afuera.

— Una sanción.

— ¿Por qué?

— Porque está sancionado y hay orden de llevarlo al calabozo.

— Pero, ¿no me va a dar la razón? —insistí.

— No —respondió.

Traté de repasar mentalmente los poemas leídos y aunque no descubrí en ellos palabras tales como socialismo, revolución o alguna otra evidencia, supuse que en algún verso ellos podían haberse sentido aludidos. Mientras dábamos los primeros pasos intenté averiguarlo.

— Pero dígame —comenté—. Aquí, además de todo, ¿está prohibido recitar?

— No —escuché que alguien respondía desde un costado—. Lo que está prohibido es despertarme.

Era el sargento que, muy despeinado y con los ojos hinchados por el sueño, se recostaba a la puerta de su habitación, contigua a la barraca.

Trabajo voluntario pero obligatorio

Cuando le tocaba fajina, el Flaco parecía un cable por lo nervioso y delgado. El resto de los días aunque, obviamente, mantenía su aspecto enjuto, optaba por el sosiego de su tarima en la que se armaban ruedas de charla mientras él, incansable, tejía tapices, bufandas o boinas.

Ese lunes iniciaba su semana de fajinero y la primera tarea era difícil: debía comunicarle al sargento que no habría compañeros para el trabajo. Luego de una discusión se había resuelto no continuar con la construcción de unas viviendas destinadas a los oficiales.

Cuando el soldado llamó para ir al trabajo, el Flaco se acercó a la alambrada y comunicó que nadie se iba a presentar. Inmediatamente llegó el cabo.

— Pedimos nueve reclusos para el trabajo voluntario. ¿Qué pasa? —preguntó.

— No vamos a ir —respondió el Flaco.

— ¿Cómo que no van a ir?

— Bueno... ¿El trabajo no es voluntario?

— Es voluntario, pero ustedes tienen que salir —afirmó el milico.

— No entiendo cabo. Si es voluntario...
— Le repito que tienen que salir.
— Entonces es obligatorio —dijo el Flaco.
— Es voluntario —replicó el cabo en un tono cada vez más alto.
— Bueno —sonrió el Flaco—. Podemos concluir que es voluntario, pero obligatorio.
— Mire. Llámelo como quiera, pero si no salen los vamos a sacar de a uno —exclamó al fin y se retiró.

En la cuadra, mientras tanto, Ramón pulía un hueso, Nelson tomaba un mate esmeradamente lavado, Tito hablaba con el Pelota, Talo terminaba un dibujo, el Tero encuadernaba un viejo libro de biología y así, todos intentábamos construir sobre nuestras propias tensiones una impostada naturalidad. Teníamos miedo. Al fin llegó el sargento, abrió la puerta y entró escoltado por dos soldados. Luego, con decisión, llevó un papel a la altura de los ojos.

— ¡Aquino! —gritó.
El Matrero se adelantó.
— Diga.
— Prepárese para ir a las viviendas.
— A las viviendas no voy.
— Espéreme en la puerta —ordenó y volvió a levantar el papel. — ¡Vergara!

— ¿Sí?
— A las viviendas.
El Meja se separó un poco del núcleo de compañeros que, expectantes, nos habíamos acercado y habló, antes que el sargento pronunciara otro nombre.

— Mire —dijo—, a las viviendas no voy a ir. A la quinta, sí; al tajamar, sí; a la carpida, sí; a las viviendas, no.

— Acompañenme los dos —indicó.
Dio media vuelta y el Meja y el Matrero salieron tras él flanqueados por los dos milicos. Estuvieron un mes en el calabozo.

El tema de las viviendas nunca más se volvió a mencionar. Quizás los milicos no tuvieron ganas de complicarse o quizás, también, hayan pensado que no tenían calabozos suficientes.

Un compañero y el dentista

Durante tres días y tres noches el compañero no durmió. Le llegaba puntual el dolor de muelas cuando al resto nos llegaba el sueño. Al final, elevó una solicitud para ser atendido y una vez que lo hizo, tampoco pudo dormir, porque al dolor se le sumó el miedo a la consulta: el odontólogo del cuartel no hacía otra cosa que extracciones. Al cabo de una semana lo vinieron

a buscar. Lo condujeron hasta el consultorio y mientras el dentista ordenaba sus instrumentos, tomó asiento en el sillón.

— ¿Nervioso? —preguntó el profesional de espaldas al compañero.

— Un poco...

— Usted es medio cagón —comentó.

— ...

— Bueno —agregó al no obtener respuesta—

Ustedes son todos iguales.

— ¿A qué se refiere?

— Son todos cagones —respondió y se dio vuelta ya con una jeringa preparada con anestesia en la mano— ¡Qué machos para hacer la revolución! —ironizó.

El compañero se acomodó en el sillón, molesto con el comentario y habló mirándolo fijo, exasperado.

— Sáquela en seco —dijo y retiró la mano del dentista que sin examinarlo ya había acercado a su boca la inyección.

— Pero... ¡Ahora se hace el guapo!

— O la saca en seco o no la saca —indicó el compañero.

El odontólogo se encogió de hombros y agarró las pinzas. El compañero aguantó hasta el final.

Los presos de "cacería"

Polo, con su ordenada lucidez de maestro, fue trazando los pasos de lo que sería una "cacería". Por las mañanas se levantaba y en un block en el que se encontraban pasados en limpio cinco sonetos, algunos apuntes de literatura y un calendario, comenzó a estructurar las reglas del juego. Con paciencia hizo las cosas de tal modo que el mismo se pudiera desarrollar sin ser advertido por la guardia. Luego, con la ayuda de Pepe, plantearon las preguntas que iban desde problemas de matemáticas, pasando por datos de historia hasta referencias políticas y consultas de ingenio algo tramposas. El día indicado se largó la cacería. El juego consistía en ir sorteando controles que se encontraban cada dos tarimas, allí se entregaban las preguntas y al control siguiente había que devolver el papel con la respuesta dada y, en algunos casos, se planteaban pruebas como tratar de localizar un objeto en la tarima de algún compañero o cantar, en voz bajísima y afinando, alguna canción popular. (Esta última prueba fue cuestionada porque se la consideró ventaja para el equipo de Omacito, cantante de oficio). A medida que el juego transcurría, la espléndida capacidad de disimular ante la guardia que habían tenido los equipos al inicio, comenzó a perderse. El Pájaro aguzaba su ingenio en voz alta; el Tatú, Sito y Ariel festejaban

porque habían descubierto la respuesta a una de las preguntas consideradas difíciles: ¿Cuál es el animal que vuela más alto? " ¡La cotorra de azafata!" —gritaban. Pepito, que en un principio y en su condición de co-organizador, buscaba que se respetaran las reglas, acompañaba imitando una guitarra en la prueba del canto. La Vieja hacía poner de pie a todos los compañeros cuando una de las respuestas incluía a Artigas, Oribe, Quijano o García Márquez; Rayito daba vuelta la tarima del Paraguay buscando el objeto marcado en el papelito que había recibido y así todos, inclusive Polo, terminamos por perder los límites de la discreción. El juego no pudo llegar al final. Un guardia, desde su plataforma, comenzó a proferir gritos que nos paralizaron.

— ¡sargento! ¡sargento! ¡Los pichis se enloquecieron!

llegan... son los hermanos Marrero". Nosotros, dale que dale al pedal, veíamos aquel montón de gente como una masa informe que se abría para dejar un corredor estrecho lanzando desde sus bordes vivas y palmadas. Cuando quise acordar tenía el micrófono en la boca ¡Te das cuenta! Yo que sólo había hablado jugando al truco. "Voy a ser cortito como patada de chanco", me dije con voz bajita, pero salió por los parlantes. Me puse a hablar y había tanto para decir. Era tanto lo que había visto sufrir y lo que yo mismo había sufrido que no me paraba nadie. Para mejor me aplaudían. Y yo decía... ¡Yo qué sé lo que decía! Yo oía aquellos aplausos y me alentaba: " ¡Vas bien Marrerito!". " ¡Vas bien Marrerito!". No recuerdo exactamente cuál fue el punto que traté en el discurso, pero debió ser importante porque me sacaron en andas".

De un calabozo de Rodríguez a dirigente sindical

La primera impresión que tuve al conocer al Semilla Marrero fue la de uno de esos muñecos de base redonda que se mecen hacia un lado y hacia el otro sin caerse. La forma física fue decisiva, pero, además, su amplia sonrisa, imborrable, que divertía de lejos. Siempre tenía un cuento como disparo, por el vértigo con que llegaba al fondo. Así fuimos armando nosotros su pasado de payador, trabajador de los tambos y dirigente sindical.

"Con mi hermano teníamos diez y seis o diez y siete años. Fue durante la huelga. Estábamos allá en Rodríguez y cayó el comisario por casa. Nos llevó en cana. La pobre vieja lloraba y él le decía: "Usted tiene razón, pero igual va preso." Así nomás. A mi hermano y a mí nos preocupaba el acto en San José. Nos metieron en el calabozo y nosotros caminábamos de un lado al otro, nerviosos. Los dos apurábamos el paso a medida que la hora se acercaba, nos pechábamos, nos pasábamos por arriba. Al fin, no sé qué quilombo armaron los compañeros en la ciudad que nos tuvieron que largar. Con mi hermano salimos corriendo, como locos, a pedir prestadas unas bicicletas y arrancamos metá pedal rumbo a la ciudad. Pedal y pedal, allá llegamos. Parecía la vuelta ciclista. El tipo que estaba en el estrado nos vio y comenzó a decir: "... Ahí llegan... ahí

Despedida de padre e hijo

El Petiso y el Ingeniero, serios y algo tensos, acomodaban su discreto equipaje dando la sensación de que allí apretaban la alegría para dejarla salir sólo cuando pudieran hacerlo definitivamente. Se iban en libertad. El padre del Ingeniero, mientras tanto, preso con algunos compañeros más al otro lado de un muro, solicitó autorización para despedirse. No obtuvo respuesta. Con cautela, entonces, colocó sobre la pared una carta. Miré hacia ambos lados controlando a los milicos que se apostaban detrás de las dos alambradas y me dio la impresión que era el momento oportuno para recogerla. Me equivoqué: lo agarré y, cuando se lo entregaba al Ingeniero, un milico, presuroso, gritó obligándome a detener el brazo. El padre del Ingeniero y yo fuimos al calabozo. La carta, sin leer, quedó en manos de la guardia. Ese mismo día, por la tarde, se abrieron los dos calabozos que estaban a mi derecha. Golpeé la pared y por el tipo de golpe que me devolvieron reconocí al Petiso con quien, durante largo tiempo y recién llegado a aquel cuartel, habíamos compartido ese mismo muro.

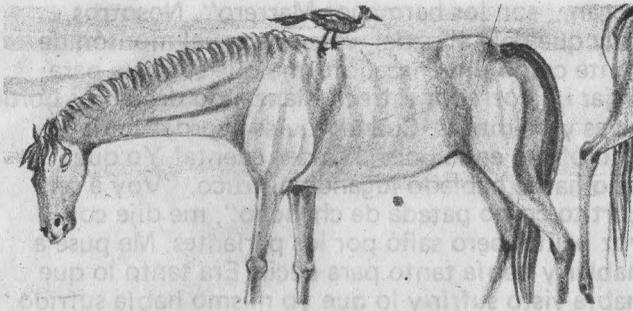
Por la noche, tarde, escuché que las puertas volvían a abrirse.

Luego sentí los pasos de los compañeros por el corredor hacia la guardia. Se iban.

— ¡Suerte Gurí! —retumbó un grito ronco en el calabozo de mi izquierda. Era el padre saludando a su hijo al oírlo pasar al otro lado de la puerta.

— ¡Arriba viejo! —respondió el Ingeniero.

— ¡Vamos! ¡Vamos! —apuraron los milicos, pero ellos, a su modo, ya se habían despedido.



Reencuentro y despedida

Cobro tarde pero seguro

Su rostro se trazaba con líneas rectas al punto que un retratista, para ser fiel a la realidad, debía contar con una regla entre sus instrumentos. Era una cara "cortada a hacha", sostenía el Meja, y tenía razón. De hablar pausado, lento, bien podía ser el personaje de un cuento de Morosoli. Sus modos parecían haber rescatado el ambiente del campo y llevarlo consigo.

"Había un raid —recordaba el Canario Nery—. Yo tenía siete años y mi vieja me preparó pasteles para vender. Arranqué de mi casa, patiendo, muy temprano. Allá, como a las nueve y media caí en la fiesta. Estaba muy cansado y el canasto me pesaba, así que opté por sentarme abajo de un árbol. En ese momento, se me acerca un hombre de bombacha y camisa, con unas alpargatas nuevas y un cinturón con dos monedas plateadas. Me pidió cinco pasteles. Cinco ¿eh? Yo se los dí y cuando se los fui a cobrar me dijo que fuera a cobrarle a mi madre. No podía creer. Al principio sonreí, pensando que era una broma, pero el hombre se dio vuelta y se fue. Lo corrí hasta alcanzarlo y me le prendí de la bombacha. El tipo se reía a carcajadas y me dijo que no tenía plata. Volví al árbol y me senté allí abajo a llorar. Mi madre no me iba a creer lo que había pasado y eso me desconsolaba aún más. Debo de haber estado llorando como tres horas sin parar. Al final me puse de pie y salí a buscarlo. Cuando lo encontré le dije: "Usted me las va a pagar". Había pasado un año, más o menos, cuando una madrugada de lluvia, sentí voces en la cocina. Era mi padre con otro hombre. Me levanté a ver de quién se trataba y lo vi allí, mateando. "¿Qué hace este hombre aquí?", pregunté a mi padre. "Se le mancó el caballo y quiere uno prestado. Está esperando que calme la lluvia", respondió. Empecé a los gritos diciendo que se fuera. El hombre me reconoció recién entonces y salió a las corridas. Mi madre se levantó y me puso el brazo sobre el hombro, tranquilizándose. Lo vimos irse con el caballo de tiro hasta que se perdió por allá, en la distancia, detrás de la lluvia".

Los compañeros que estaban en el calabozo (los sancionados o los que llegaban del Penal por Medidas Prontas de Seguridad) recibían la porción más grande de "rancho". A veces, inclusive siempre que la guardia lo permitiera, se les enviaba lo mejor de lo que se encontrara en la comunidad, armada con los paquetes que enviaban los familiares: un buen trozo de dulce de membrillo, un número de galletas bastante mayor al que nos repartíamos habitualmente o leche en polvo que, en general, sólo se destinaba a aquellos compañeros con problemas gástricos. Yo estaba encargado del tabaco cuando el sargento se presentó en la puerta de alambre comunicándonos que el compañero que estaba en el calabozo no tenía qué fumar.

Cuando busqué en la caja donde tenía separadas las cantidades que les correspondían a cada uno, descubrí un tabaco brasileño que de tan malo sólo se fumaba en épocas de escasez. La experiencia me indicaba que, en las soledades involuntarias, era más importante el humo girando en la boca que el sabor que éste pudiera dejar, así que, con algunas críticas y contra todos los antecedentes, envié aquel tabaco.

A los dos días, al volver de la quinta, encontré un aire expectante en los compañeros. La Gata terminaba de cebar un mate y me lo extendió.

— ¡Mirá qué espuma! —exclamó con su cordial vozarrón, aunque no pudo disimular cierto matiz impostado.

Agarré el mate y sorbí. Todos estaban en silencio. Levanté la cabeza y noté que me miraban. —Bueno... ¿Qué está pasando?— pregunté al fin.

— Está pasando que yo quiero saber quién fue el mierda que me mandó ese tabaco infumable —escuché.

De atrás de una columna lo ví aparecer con un gorro azul que le cubría la cabeza totalmente rapada. Se acercó sonriente y nos abrazamos con una fuerza capaz de remontar cinco años de ausencia. Era mi hermano.

2 —

Hablamos de nuestros padres, de nuestro hermano, nos asombramos con Ita tan ajena al hecho político y tan cercana a la solidaridad, nos reconfortamos con nuestras tías y su constancia en los paquetes, recordamos amigos, pensamos en Piriápolis y recorrimos algunos nombres de muchachas. Nos estudiamos con franqueza burlándonos de viejas confrontaciones políticas y sintiéndonos capaces ahora de hacer confluir nuestras opiniones. Cuando él había caído yo transitaba los primeros años liceales, así que

estrenábamos un diálogo de igual a igual. Lo miré y me llamó la atención su cabeza pequeña en relación al torso que largas horas de gimnasia habían hecho crecer. Le corrí el cuello del buzo para cerciorarme que no tenía otros abajo.

— ¿Qué pasa? —preguntó.

— Me pareció que tenías otros buzos —dije.

— No, es todo pecho y hombros —fanfarroneó.

Luego agarró la punta de mi nariz, más bien prominente, y miró hacia adentro.

— ¡¿Qué hacés?! —exclamé asombrado

— Me pareció que tenías otras narices

—comentó y ambos reímos.

La charla, en voz baja, continuó mucho rato después del toque de silencio. Antes de decidir dormirnos le dije que una vez que le creciera el pelo me tenía que regalar el gorro azul. Me gustaba de él cierta reminiscencia de abrigo marinero.

— ¡Ah, no sé! —comentó con gracia—. De todo lo que me tejó la vieja es lo único que me va quedando.

3 —

Había transcurrido una semana cuando el sargento leyó desde la puerta una lista que incluía mi nombre.

— Hagan una relación de pertenencias que van a ser trasladados —comunicó.

Aunque no mencionó destino, todos sabíamos que íbamos a Libertad. Aestamos el golpe. El Camión me ayudó a guardar las cosas en una bolsa de plastillera mientras me daba algunas indicaciones.

— Sobre todo, control —insistía desde su doble condición de “cañero viejo” y hermano mayor—. Es fundamental la charla con los compañeros. Seguramente vas a celdario, porque a ustedes los están llevando al tercero, así que sacale jugo al “trille” del recreo. No le entres en el juego a los milicos. Hay compañeros que están muy mal y hubo muchos intentos de suicidio, algunos lo lograron. Pero la mayoría se conserva íntegra, y yo no creo que sea un problema de firmeza o debilidad, más bien es tener conciencia de las propias fuerzas y saber moverse dentro de sus límites. Por lo demás, hay una biblioteca a la que todavía le van quedando buenas cosas y, siempre que no llueva, no se nuble o no estés sancionado, vas a poder hacer básquetbol. Bueno, ya tenés años de cana así que no te voy a andar explicando qué hacer, pero de todos modos tené en cuenta que la presión psicológica es mucho más grande que la de aquí y es por ahí que no hay que dejarse hincar el diente...

Los milicos esperaban en la puerta.

— Otra cosa —agregó por último—. Te van a cortar el pelo al rape, así que vas a tener frío en el bocho.

Me puso el gorro azul y nos despedimos.

La requisa

— Los dos afuera —ordenó el oficial.

Salimos. De pie en la planchada, con las manos en la espalda, vimos entrar a un alférez, un sargento y un soldado. Cerraron la puerta. Nos miramos con el Sapo y ambos, en un gesto tan cercano a la resignación como a la duda, levantamos las cejas.

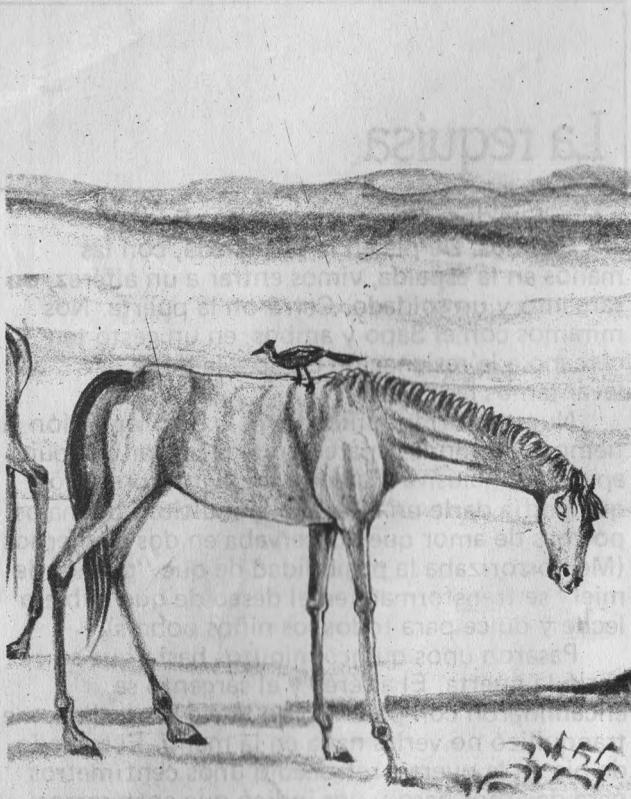
Nuestra intranquilidad crecía en proporción al tiempo. Las dudas aparecían al recordar cualquier apunte o inclusive al pensar en la interpretación que podía darle un alférez a la multitud de malos poemas de amor que conservaba en dos cuadernos (Me horrorizaba la posibilidad de que “pechos de miel” se transformara en el deseo de que hubiera leche y dulce para todos los niños pobres).

Pasaron unos quince minutos hasta que se abrió la puerta. El alférez y el sargento se encaminaron con paso rápido hacia la escalera; me tranquilizó no verles nada en la mano. El soldado, de pie en la puerta, retrocedió unos centímetros para dejarnos paso y nos indicó que entráramos.

El espectáculo que encontramos fue terrible. El Sapo se sentó sobre uno de los colchones que había quedado entre la cucheta y la taza. Descansó los brazos sobre las rodillas. Yo, por mi parte, quedé de pie observando el especial esmero que los milicos habían puesto en el desorden: la punta de una sábana entraba en la taza y la otra estaba enroscada en el caño de una cucheta. Una bolsita de mermelada había sido vaciada sobre una montaña de libros, frazadas y ropa. Por último, gotas de pegamento rociadas con café estaban adheridas al papel higiénico, que a su vez se desplegaba en un largo recorrido.

Caminé hasta la ventana, esquivando los objetos. Abajo, por el camino que bordeaba el celdario, los compañeros de las barracas tiraban del carro con que transportaban la comida. Volví a mirar la celda. En un rincón el Sapo se las ingeniaba para recoger, con una improvisada cuchara de papel, la mezcla de azúcar y yerba que habían dejado.

— ¡¿Viste, gil?! —exclamó de pronto—. Me salí con la mía: ahora vamos a tomar mate dulce aunque no te guste.



El autista

En la guardia del celdario, cercados por rejas, manteníamos la formación con las manos a nuestras espaldas. Dos o tres milicos recorrían la fila buscando con insistencia algún detalle pasible de sanción. Nosotros, tensos, desgastados, hartos, mirábamos hacia adelante esperando el momento en que, de una vez por todas, nos llevaran a la cocina para lavar los tachos.

— ¡Usted! —sonó de pronto a nuestras espaldas—
Quédese quieto.

—...
— ¡Usted! —insistieron— ¿Es sordo?

Con algo de malhumor pensé que no era correcta la actitud del compañero, al que no podía distinguir, que planteaba un desafío menor como era desoír aquella orden.

—2199 —gritaron entonces. Era mi número. Perplejo con mi propia imbecilidad, me di cuenta que estaba moviendo las rodillas hacia adelante y hacia atrás. Ya no era digno abandonar el movimiento, pero era estúpido promover un enfrentamiento. Busqué una excusa mientras en medio de un silencio más profundo que el habitual, hueco como el de un cementerio, se escuchaban los pasos en mi dirección. Sentí la

punta del palo en la espalda.

—2199 —ordenaron con los dientes apretados

—dije que se quedara quieto.

—Soy enfermo —respondí.

— ¡Ah sí! —comentaron con ironía— ¿Qué le pasa?

—Soy autista— dije, inventando una enfermedad de la que en realidad, sólo tenía referencias de una lejana conversación, pero que, en la urgencia del pensamiento, se me ocurrió oportuna.

— ¡¿Autista?! —preguntaron cambiando el tono como si el nombre tuviera autoridad suficiente para imprimir respeto a las bestias.

—Ah, bueno —consintieron después de un momento y agregaron dirigiéndose a la guardia— ¡Llévenlos!

Caminamos en fila india por el largo corredor. Me adelanté un paso y quedé al lado del Sito. Un milico se acercó rápidamente y amenazó con una sanción. Otro que caminaba a cierta distancia llegó presuroso.

—No. A este pichi dejalo —dijo, y agregó con tono de entendido— Es autista.

Convivencia

El acuerdo había sido que cuando uno lavaba, el otro secaba y de ese modo irnos rotando en la tarea. Aquel día, cuando agarré los platos para entregárselos al compañero que servía el rancho, estaban empapados.

—No puede ser, Sapo —dije de mala manera—.
Si se asume una responsabilidad hay que cumplirla.

El me miró sin responder y yo insistí.

—Si te toca secar, secás y punto ¡¿Me oís?!

—grité— ¡¿Entendiste?!

Pasé rápidamente el trapo y entregué las vajillas al compañero que, sosteniendo el cucharón, esperaba al otro lado de la ventanilla.

Comimos en silencio. Luego junté los platos y estirando el brazo los puse dentro de la piletta. Armé un tabaco y lo encendí.

—¿No vas a lavar? —preguntó el Sapo.

— ¡¿Cómo?!

—¿Si no vas a lavar? —insistió sonriente.

Mientras me sacaba una hilacha de tabaco que me había quedado entre los dientes, pensé en la situación.

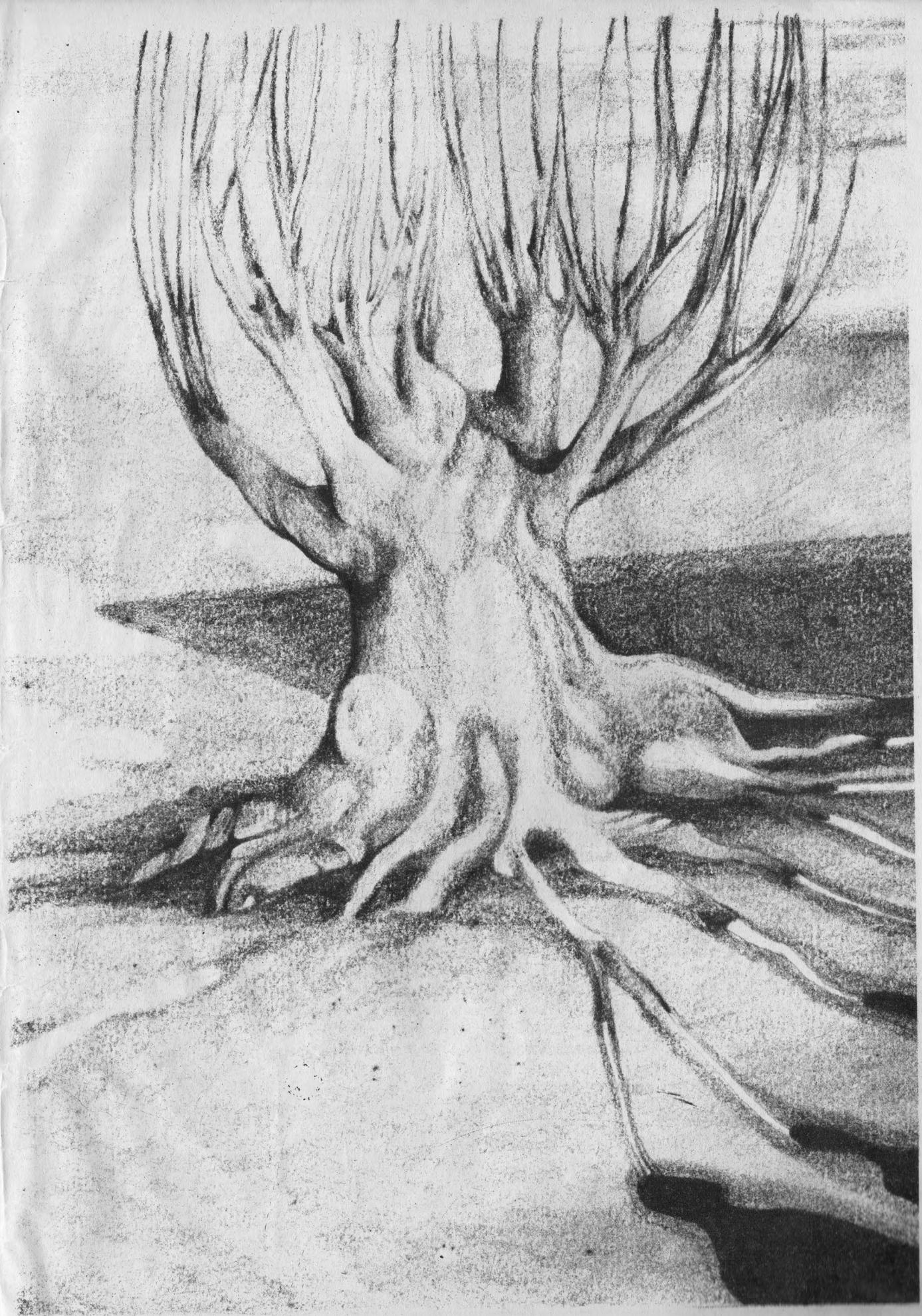
—¿Entonces era a mí al que le tocaba secar?

—pregunté al fin sintiéndome culpable.

—Sí.

—¿Y por qué no me dijiste antes?

Con los labios aún estirados, haciendo aún más grande su rostro anchísimo, el Sapo se encogió de hombros.





La locura

—Muchachos —nos llegó por la ventana desde el segundo piso—. Hay un compañero que está por "largar". No se asusten.

El Sapo y yo, que llevábamos escasos dos meses en el Penal, agradecimos.

Estábamos asombrados de cómo podían calcular la llegada del ataque de un compañero y, sobre todo, de la vigorosa sensatez con que lo enfrentaban.

La actitud de quien nos sugería tranquilidad, mucho más acosado y perseguido que nosotros, la sentíamos como la del sobreviviente de un naufragio que estando a cincuenta metros de una bolsa le da aliento a otro que está a tres: le dobla la responsabilidad de salvarse.

Esa misma noche se escuchó la caída de un vidrio. Nos incorporamos rápidamente. Pegados a la puerta de la celda sentimos una corrida por la planchada del segundo B y el sonido de una tranca al abrirse. Los gritos descomunales del compañero trepaban por todo el celdario y sin respetar ni puertas ni ventanas, terminaban por meterse en los cuerpos de los presos. Se abrieron otras trancas y hubo otras corridas. Los gritos por momentos perdían su desgarradora incoherencia alcanzando a articular algunas palabras a las que nosotros mentalmente completábamos el sentido: "sargento!... La cosa no es con usted".

Poco a poco la voz inicial fue menguando su intensidad hasta llegar a unos quejidos como distantes que, con una frecuencia idéntica, se repetían. En los cortos lapsos de silencio llegaban las voces lentas, cálidas, secreteadoras, de otros compañeros que los milicos habían sacado para intentar calmarlo.

Luego los quejidos comenzaron a alejarse avanzando por la planchada hacia la escalera. El Sapo fue hasta la ventana y me llamó. Una ambulancia estaba estacionada en la puerta trasera del celdario. Llovía y las gotas se veían contra el asfalto en el círculo de luz que despedía un foco.

La ambulancia partió rumbo a la salida del Penal. Los gritos, sin embargo, daban la sensación de permanecer, de haber quedado allí dándose contra las paredes y siempre traspasándolas hasta llegarnos.

Nos acostamos sin hablar. Habría transcurrido algo más de una hora cuando el Sapo se puso de pie.

— ¿Estás despierto?

— Sí.

— ¿Querés un tabaco? —preguntó y sin esperar respuesta me alcanzó la bolsa de náilon. Bajé de la cucheta y me senté en el banco de hormigón.

Armé girando repetidas veces la hojilla. El Sapo se recostó a la puerta. Varias horas después escuchamos el timbre que ordenaba levantarse. Las primeras luces mostraron la casilla donde funcionaba la jabonería, la calle por donde había partido la ambulancia, la doble alambrada y más allá el campo. La noche quedaba atrás, pero no del todo. Preparamos el mate.

Paz!!

Según contaba el compañero la noche estaba avanzada y él dormía. Ya llevaba más de veinte días de encierro en la isla y con algunos más estaría cumplida la sanción. La puerta se abrió con un sonido a ras del suelo de esos que hacen tomar conciencia de la densidad del silencio.

— ¡Arriba! —gritaron.

El se levantó atravesando, en milésimas de segundo, la modorra que en otras circunstancias le hubiese llevado horas sacudirse. Al frente tenía un alférez que, cruzado de brazos, lo miraba...

— Usted es un hijo de puta —dijo sin gritar y arrastrando las palabras.

— ...

— Usted es una mierda —insistió.

— ...

— ¡Vos sos la última escoria! —gritó, exasperado por la falta de respuesta.

— ...

— Decime una cosa —dijo después, simulando tranquilidad. — ¿Ustedes producen algo? No producen nada. Nada.

— ¡Cómo que no! Antes de caer presos nosotros producíamos —respondió al fin el compañero y agregó — Los que no producen son ustedes.

El alférez quedó sorprendido.

— Nosotros producimos —aseguró después de un momento. — Sí, producimos.

— ¿Qué producen?

— Bueno... Nosotros producimos... —abrió las manos intentando a través del gesto dar el hecho por obvio. — En fin, está claro que nosotros producimos paz. Paz. Eso, paz —insistió, satisfecho por lo que consideró un acierto.

— ¡¿Paz?! —casi gritó el preso azorado con la respuesta.

— Sí, paz —reafirmó el alférez.

Sin esperar que el oficial saliera del calabozo se acostó. Se tapó con la única manta que le habían permitido tener y, recién cuando apoyó la cabeza sobre el hormigón frío de la tarima, respondió:

— La paz de los cementerios.

El oficial guapo

Caminábamos por la calle que bordeaba el celdario. Jorge, de rostro confundidor y adolescente, hablaba veloz como si quisiera ganarle al corto tiempo del recreo. Las palabras, a veces divertidas y otras veces terribles, llegaban sin tropiezo desde su memoria.

“Era 19 de junio ¡Imaginate! 19 de junio en el Sauce, tierra natal de Artigas: fiesta, revuelo, desfiles. Eso, sobre todo desfile. Cuanto más milico había, más grande era la fiesta. Aquel día no sólo había milicos en el desfile sino que por las calles del pueblo se veía un gran trajín de camiones, camionetas, jeeps. La gente del pueblo estaba feliz porque, aunque la dictadura venía haciendo estragos, nuestra formación, nuestra historia, vinculaban estrechamente lo militar a las jornadas festivas. Cuando el desfile terminó, yo me fui a casa y me encontré la sorpresa: habían llevado en cana al viejo y parecía que a otra gente más. El movimiento de los milicos se debía a una razzia. Los muy hijos de puta habían aprovechado el desfile... Al poco rato vinieron a buscar a mí también y dos horas después se llevaron a mi hermano. Nos daban la máquina a los tres juntos. Yo sentía, en el plantón, la paliza que le daban al viejo y sufría como loco, me desesperaba. Pero lo peor fue cuando lo escuché delirar, “Mirá, Enriquito —le decía a mi hermano— Mirá la nieve roja ¡Mirá esa nieve, Enriquito”. Ahí no aguanté: era horrible sentir a mi padre, mi ideal, el hombre que me orientaba, que me marcaba los límites, hablar así, sin sentido. Me saqué la capucha y empecé a gritarle: “¡Viejo, no digas disparates! ¡Estamos presos! ¡Presos! ¡Presos! ¡Presos! ¡Aquí no hay nieve!”. Me encasquetaron la capucha y me ligué una viava que ellos no tenían en el libreto. Igual, la improvisaron sin problema... Bueno, pero lo que yo te quería contar era otra cosa: a los dos meses, más o menos, mi viejo seguía con las manos insensibles por las esposas y se empezó a preocupar. Tenía miedo de no poder trabajar más. Entonces surgió la posibilidad de que dejaran entrar algunos instrumentos para atender a los milicos y ellos le pagaban la anestesia. Pudo trabajar perfectamente. ¡En dos días sacó una cantidad de muelas! Era un abrir y cerrar de bocas que no se podía creer. Cuando ya había terminado y comenzaba a cerrar su valija apareció el oficial que nos había torturado, basureado, picaneado... “Vengo a atenderme”, dijo. El viejo demoró la respuesta y luego le indicó que tomara asiento. Lo revisó y le descubrió una bruta caries. “Voy a tener que hacerle una extracción”, comunicó. Se dio vuelta y preparó la anestesia. Cuando se acercó con la jeringa, el oficial, que

hasta un rato antes había sacado pecho tratando a mi padre de pichi, le retiró con suavidad la mano y alcanzó a exclamar: “¡No, doctor!”. Después pareció que los ojos se le daban vuelta y la cabeza le cayó de perfil. Estaba desmayado”.

A malos días: buenos días

Abrimos la pequeña ventana. Como todas las mañanas saludamos al compañero del segundo piso.

— ¡Buen día! —dijimos.

No respondió.

— ¡Buen día! —insistió el Sapo. La mirada despavorida de un milico que caminaba a un costado del celdario recorrió las ventanas tratando de identificar la procedencia del grito. Nos escondimos. Dejamos pasar unos minutos y volvimos a asomarnos. El soldado, terco, recién abandonaba la búsqueda de responsables. Esperamos que desapareciera.

— ¡Buen día! —gritamos.

— Lo llevaron al juzgado —respondió desde otra celda del segundo un compañero que, evidentemente, ya conocía nuestros intercambios de saludos.

A la mañana siguiente volvimos a insistir.

— ¡Buen día!

— ¡Buen día! —respondió el compañero.

— ¿Qué pasó? —preguntamos.

— Me llevaron equivocado —dijo y demoró antes de continuar—. Me confundieron con un compañero que tiene mi mismo apellido— hizo otra pausa en la que, seguramente, confirmó que no hubiera ningún milico cerca. Me llevan a la isla.

— ¿Por qué?

— Soy culpable de que ellos se equivocaran —respondió con ironía. Segundos después agregó— Antes de salir les dije que estaban errados. No me dieron bola.

— ¿Y en el juzgado? —preguntó el Sapo.

No contestó. Esperamos contra la ventana hasta que, pasando un rato, nos dimos cuenta de que lo habían llevado.

2—

— ¡Buenos días! —comenzamos a saludar después de un mes tanteando, infructuosamente, el posible regreso. Una tarde, en la cocina, hablaba un compañero del tercer piso al que hacía poco tiempo habían traído de la Isla.

— En el calabozo de al lado estaba el Nato Tiscornia —contaba—. El del segundo. Hace una semana escuché que le querían hacer firmar la

notificación de la sanción y él les decía: "Pero escúchenme... Ustedes ponen acá: por abusar de la buena fe de un oficial. ¿Qué es esto? Como si yo les hubiera golpeado la puerta y les hubiera dicho que me llevaran al juzgado porque yo era fulano de tal. Ustedes la cagaron, ustedes arréglense. Yo no les voy a firmar nada". Los milicos estaban bravísimos —continuaba el compañero—. Le decían que si no firmaba iba a atenerse a las consecuencias.

Más tarde, a pesar de la estricta compartimentación entre pisos, alas y sectores, nos enteramos que en el segundo estaban muy nerviosos por lo que pudiera pasar con él. Las tensiones que se vivían en el celdario, se multiplicaban en el segundo y volvían a multiplicarse en la isla; las pocas garantías que existían se terminaban en los calabozos: a esa altura ya había aparecido un compañero muerto en circunstancias por demás confusas.

Por un tiempo no se supo nada más. No volvimos a saludar y optamos solamente por abrir la ventana cuando nos levantábamos y acercar, de vez en cuando, el oído a las rejas en busca de alguna voz con noticias.

Así transcurrieron dos meses. Al fin, a media mañana de un lunes, el Sapo escuchó subir desde el segundo piso la voz entera, redonda y casi jodona del Nato Tiscornia.

— ¡Buenos días!

Diálogo de un alférez y un pintor

El oficial, altísimo, entró a la celda. Manolo, que estaba sentado en el banco de hormigón corrigiendo las sombras de una naturaleza muerta, se puso de pie. El milico se apoyó en el marco de la ventana y habló mirando hacia afuera.

—¿Usted es pintor?

—Intento —respondió Manolo.

—Ajá —murmuró el oficial al tiempo que se daba vuelta para mirar el dibujo— Tome asiento

—indicó después.

Manolo se sentó y continuó trabajando.

—Y dígame —inquirió de pronto el oficial mientras ubicaba el rostro en un medio perfil—

¿Usted sería capaz de hacerme un autorretrato?

Entre cortes y quebradas

Había tenido un sueño varias veces interrumpido por los golpes en la puerta y por el frío que como agujas finas y desaparejas se clavaba en mi espalda desde el hormigón. Me incorporé. Sentía los músculos entumecidos. Como no podía acceder a otro refugio tibio que no fuera el generado por mi propio cuerpo, comencé a hacer lagartijas.

Hacía unos días que estaba en la isla. Mis especuaciones habían seguido los caminos más variados pero ninguno conducía a la libertad. Sin embargo, en todos los casos, la calle estaba allí, sin pronunciarse pero potencial, discreta, callada como una dama que seduce por su timidez.

Abrieron la puerta y entró un compañero de unos cincuenta años, más bien petiso y con una de esas narices que un extraño tinte en la punta advierte de su simpatía.

—El Nato Méndez —se presentó apenas cerraron las puertas a sus espaldas.

—¿Qué te pasó? —pregunté.

—Una percha, flaco. Una percha. Estoy trabajando en herrería y me hice una percha con unos fierros. La descubrieron y me trajeron sancionado. Me pusieron contigo porque ya tienen todos los calabozos llenos. ¿Y a vos?

—Hace unos días que estoy. Me trajeron con todas las cosas así que es seguro que me sacan por medidas.

—No flaco. Por medidas no están sacando a nadie. Te vas a "la lleca".

—La región cuatro está sacando a todo el mundo..

—Ah... sos de la cuatro.

—Sí. Pero además si me fuera a la calle no hubieran esperado tantos días. ¿Vos de dónde sos?

—De Carmelo —respondió mientras se abría el mameluco y, metiendo la mano en dirección de los testículos, sacaba una bolsa de nailon con tabaco y fósforos— ¿Y vos?

—De Piriápolis.

— ¡Vos también de Piriápolis! Acá tuvimos una barra bárbara de ese pueblo. Y todavía queda alguno. En el quinto está el Flaco Víctor y... vive —decime una cosa —dudó un momento— ¿Vos no sos el hermano del Camión?

—Soy.

—Seguro —dijo al tiempo que me zarandeaba cariñosamente agarrándome de los hombros— ¿Sigue en Melo aquél?

—No, lo trasladaron a Rocha.

— ¡Qué la peló! ¡A Rocha! —exclamó con asombro— Los tienen como galleta en boca de vieja. ¿Cuánto lleva por medidas?

—Siete u ocho meses, pero hay compañeros

que llevan como dos años.

—Ya nos van a tener que largar a todos. ¡En mioncas vamos a salir! ¿Sabés una cosa? Ya mismo estamos arreglando un asado. ¿Dónde lo hacemos? ¿Piriápolis o Carmelo? Mirá... vamos a hacerlo en Piriápolis, allá en Punta Negra que salen unas corvinas preciosas ¿Te gusta la pesca?

—Poco.

—¿Cómo poco? ¿Y navegar?

—Navegar me gusta.

—Menos mal. Yo soy práctico. ¿Sabés? Llevo barcos al Tigre. Aunque te voy a decir una cosa: navegar y no pescar es como coger con la luz apagada. Pero navegar... navegar es lindo. Es lo más lindo que hay. Uno se sube allí y es mitad dueño de la embarcación y mitad dueño del río. El mar y el río son inesperados: el agua es inesperada. Entonces mientras uno la domina hay que prepotearla. Hay que hacer así

—continuó, estirando el cuello hacia adelante—

Sacar la cara al viento porque el viento del agua es distinto al de tierra ¿No te apreche? —se detuvo y me miró. Yo lo escuchaba atentamente.

—¡Gurí! —exclamó— Esté tranquilo. Si lo largan, lo largan y si no lo largan y lo llevan por medidas, mala suerte, se banca un molde —apoyó su mano de dedos cortos en mi hombro— Ellos quieren enloquecernos y no hay que dejarlos. No hay que calentarse, flaco, hay que aguantar y aguantar —caminó en el corto espacio que distaba de pared a pared y después de algunas vueltas preguntó si tenía noticias frescas.

—Nada.

—Yo creo que la cosa está un poco quieta

—opinó— Un poco. La última represión al Partido terminó de afirmar a los milicos. ¿Sabés qué significa? El imperio afirma su política económica. Hay que insistir con la gente afuera para que escuche radio Moscú, la BBC, Berlín, ¡Yo que sé! La Habana. Ahora nos están compartimentando mucho. Filtran... filtran... La gente afuera...

—La gente afuera hace lo que puede —interrumpí.

—¡Y cómo te va! Nosotros, flaco, tenemos que tener claro que los presos estamos jodidos; algunos como los rehenes que los están destrozando y otros menos, pero siempre estamos en los límites, cagados, con miedos, con porquerías a toda hora. De todos modos, estamos adentro del fascismo. Ellos, los de afuera, no lo viven en las entrañas y eso es peor. Esperan que de un momento a otro les caiga el mazazo, a las tres de la mañana sienten el motor de un camión y quedan con los ojos como el dos de oro y después que, bueno, los que tienen que ver, los que no tienen nada que ver, los reaccionarios, todos tienen que pelear la diaria como putos...

Poco a poco, el Ñato derivó la charla a sus experiencias políticas anteriores. Su pasado apareció de pronto como una naranja a la que él exprimía, sacándole un jugo fresco, dulcísimo y sobre todo, infinito.

—También fui cantor de tangos —comentó.

—¡No me digas!

—Sí señor. Y tenía buena voz. Recorría los boliches. ¿Sabés a quién conocí en aquella época? A Osiris Rodríguez Castillo.

—Cantate algo...

—No, dejá, sino los milicos se ponen impertinentes.

—¿Y qué van a hacer? En la isla ya estamos...

—Tenés razón —sonrió y miró al techo pensando—

—Te acordás... "Vieja viola garufera y vibradora... de mis noches..." ¿Qué te parece?

—Seguí, seguí que venís bien.

—"De mis noches de parranda y copetín..." ¡Qué lo parió! ¡Todavía me acuerdo! Pero, mirá, vamos a darle a otro... —sugirió y estiró los brazos hacia adelante colocándose un poco de perfil— "Ché madame... que parlás en francés... y tirás ventolina a dos manos". Cantá conmigo.

—No sé la letra.

—¡Carajo! —improvisó un enojo— La letra de los tangos hay que conocerlas. ¿Sabés? Siempre hay que tener un tango a mano. ¿Por lo menos te acordás de la melodía?

—Sí —respondí divertido.

—Bueno, entonces hacé lalalá.

Cantamos largo rato y el Ñato se hizo un recorrido del cancionero típico. De vez en cuando se llevaba la mano derecha a la barriga y con la izquierda extendida a todo lo largo de su brazo, inventaba una pareja con la que hacía cortes y quebradas. Yo, mientras tanto, apoyaba un bandoneón imaginario en las rodillas abriendo y cerrando el fuelle sin olvidarme de inclinar un poco la cabeza y dar pequeños golpes en el suelo con la punta del pie. El rancho nos sorprendió en los acordes finales de Cambalache. Comimos. Yo me acosté en el suelo después de una cálida discusión en la que él insistía en que yo debía dormir en la tarima. En realidad, todo era un problema de formas, una confrontación simbólica, porque no nos habían entregado colchones. Conversamos hasta quedar dormidos. Al poco rato me desperté y vi que el Ñato estaba sentado en la tarima.

—¿Qué pasa?

—La cabeza, flaco, se me parte. Pero ya va a pasar, seguí durmiendo —dijo y volvió a recostarse.

Debieron haber transcurrido apenas minutos cuando volví a despertarme y lo vi metiendo las manos bajo el chorro que grueso y constante caía sonoramente dentro de la taza. Luego se llevó las manos a la frente.

—Todo está "de bigote", flaquito —mintió al notar que lo miraba— dormí.

Me arranqué del mameluco un aplique que le había cosido a las piernas, me levanté y volví a sugerirle que se acostara. Aceptó. Mojé la tela en el chorró y se la puse en la cabeza.

—¿Sabés qué? Estuvimos hasta muy tarde de joda. Mucho tango y copetines —sonrió— Ahora estoy con la resaca.

Me senté a su lado sin hablar. Al poco rato, le quité el paño y lo volví a mojar. Cuando se lo coloqué me di cuenta de que dormía. Lo demás sucedió muy rápido.

Temprano de mañana, y repentinamente, un milico me sacó del calabozo.
— ¡Fuerza, Nato! —alcancé a gritar desde la puerta sin tiempo de abrazarlo.

— ¡Fuerza, Flaco! ¡Vamos arriba! —gritó él al tiempo que se ponía de pie, sorprendido por la urgencia con que me habían hecho salir.

Habían pasado unos tres o cuatro meses cuando llegaron a Rocha el Laucha, la Osa, el Ñandú, el Balala y el Viejo Juan. Hablamos largo del penal, de los compañeros que habían quedado allá, de los que aún estaban en cuarteles, equipamos noticias políticas que se habían filtrado y al final, ya de noche, habló el Ñandú.
—El que murió fue el Nato Méndez —dijo— Lo liquidó un cáncer.

Me aparté de la rueda y me senté en la cucheta. Después de un rato agarré un cuaderno de tapas duras, en el cual el Camión había reproducido unas cuantas letras de Gardel, Manzi y Discépolo. Comencé a memorizarlas. El Nato tenía razón: siempre hay que tener un tango a mano.

El tiempo le dió la razón

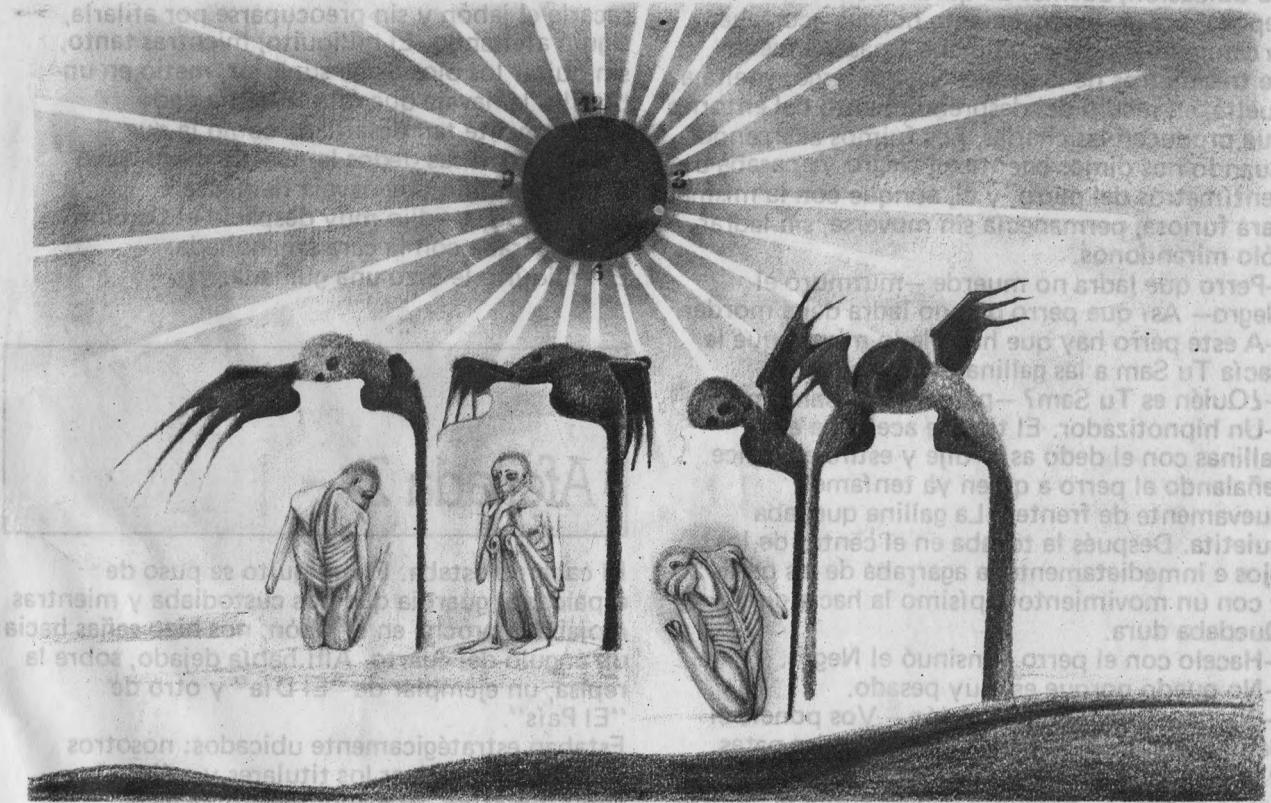
Era mediodía. Mientras los compañeros a quienes correspondía fagina realizaban su tarea, agarré la guitarra. Me senté en la cucheta y con los únicos tres acordes que sabía, esboqué la melodía de una vieja canción de "Los Olimareños". El Laucha, que sentado en la cucheta de al lado pulía un hueso, se acercó.

— Permitime, gurisito —dijo. Dejó el hueso sobre la cama y agarró el instrumento. —A mí me parece que lo que vos querés tocar es esto —comentó, y acompañándose con la guitarra tarareó la canción.

— Es eso —reconocí—. Pero no es así. Es así —aseguré y acompañándome tararé a mi modo.

— No estés tan seguro, compañerito —insistió él, pausadamente. Agarró otra vez la guitarra y punteó la melodía. —Yo creo que es así —dijo, y me la devolvió.

— ¡No! —exclamé, desestimando definitivamente su versión.



— Si vos decís, gurisito... —comentó y continuó puliendo el hueso.

Pasados algunos años, en la casa de un amigo, descubrí un disco de "Los Olimareños". Recorriendo la contratapa me encontré con el título de aquella canción. A su lado, donde se identifican los autores, estaba escrito en gruesos caracteres el nombre del Laucha.

Los hipnotizadores

El rectángulo que oficiaba de patio de recreo era pequeño. De todos modos nosotros nos ingeniábamos para caminar por el mayor espacio posible. Teníamos perfectamente calculado dónde debíamos dar vuelta y sobre qué costado se hacía más extensa la recta. Sabíamos, además, sobre qué rincón iba a dar el sol y dónde iba a estar su reflejo en el momento de irnos. Era curioso observar cómo con el transcurso de los meses, a medida que se acercaba el verano, ese rincón iba variando.

Aquel lunes, al llegar tuvimos una sorpresa: en el rincón del sol, donde después de la caminata nos sentábamos, había un inmenso boxer aguardándonos. Atado a una correa nos observaba con su cara fiera y acechante.

Su ubicación, además de quitarnos el lugar del reposo, era un inconveniente porque acortaba la caminata; nadie se animaba a pasar a menos de tres metros de la bestia. Sin embargo, vuelta a vuelta, en medio del desprendimiento del entorno que producen las charlas, nos fuimos acercando. Cuando nos dimos cuenta, el Negro ya pasaba a centímetros del perro, y él, aunque con la misma cara furiosa, permanecía sin moverse, sin ladrar, sólo mirándonos.

—Perro que ladra no muerde —murmuró el Negro— Así que perro que no ladra debe morder.

—A este perro hay que hacerle lo mismo que le hacía Tu Sam a las gallinas —murmuré.

—¿Quién es Tu Sam? —preguntó el Camión.

—Un hipnotizador. El tipo se acercaba a las gallinas con el dedo así —dije y estiré el índice señalando al perro a quien ya teníamos nuevamente de frente— La gallina quedaba quietita. Después la tocaba en el centro de los ojos e inmediatamente la agarraba de las patas y con un movimiento rapísimo la hacía girar. Quedaba dura.

—Hacelo con el perro —insinuó el Negro.

—No puedo porque es muy pesado.

—Bueno —intervino el Camión— Vos ponele el dedo entre los ojos y yo le agarro de las patas y lo doy vuelta.

—¿Te animás? —pregunté ya casi sobre el animal.

—Dale.

Me acerqué agazapado, señalando con el dedo y con los ojos especialmente entrecerrados, cosa que también había visto hacer a Tu Sam. El Camión caminó a mi lado e hicimos la maniobra como si la hubiéramos practicado cien veces: en el momento que yo le puse el índice entre los ojos, el Camión lo agarró de las patas y lo dio vuelta.

Por supuesto que no quedó duro; es más, movía sus extremidades en el aire como hacen todos los cuadrúpedos, o casi, cuando quieren que le acaricien la panza. El resultado fue una entrañable amistad que duró los cinco minutos que nos restaban de recreo.

Al otro día, cuando volvimos, el perro ya no estaba.

Afeitada 1

El cabo, petiso como un corcho, trabajaba en un sillón y en el otro lo hacía el miliquito alto y delgado. El primero pasó dos veces más la brocha por la cara de Juan y, sin que esta estuviera con la suficiente espuma, deslizó la navaja. Una mancha roja apareció de inmediato. El cabo, como era su costumbre, hizo un gesto de impaciencia, pasó la hoja por su mano para sacarle el jabón y sin preocuparse por afilarla, siguió afeitando. El miliquito, mientras tanto, sin quitar los ojos de su superior, metió en un bolsillo la navaja que éste le había dado (seguramente tan desafilada como la que él usaba) y con sus dedos largos, de mago, sacó de otro bolsillo una navaja flamante.

—Se agradece —dijo muy despacio el Camión que esperaba con la cara enjabonada. El miliquito le hizo una guiñada.

Afeitada 2

El cabo no estaba. El miliquito se puso de espaldas al guardia que nos custodiaba y mientras mojaba la brocha en el jabón, nos hizo señas hacia un ángulo del cuarto. Allí había dejado, sobre la repisa, un ejemplar de "El Día" y otro de "El País".

Estaban estratégicamente ubicados: nosotros alcanzábamos a leer los titulares y a él no lo comprometían. El Ñandú, corto de vista,

comenzó a estirar el cuello a medida que la lectura se le dificultaba. El guardia, atento a todos nuestros movimientos, siguió la mirada hasta descubrir los periódicos.

—¿Quién dejó este aquí?—preguntó al tiempo que los doblaba y los ponía en una repisa más alta.

—¿El qué? —inquirió el miliquito sin desatender su trabajo.

—Los diarios.

—El cabo —mintió— Después los viene a buscar.

—¡Ah, bueno! —dijo y los bajó esmerándose en colocarlos como estaban.

Afeitada 3

—¿Vos hacés música? —le preguntó el Negro mientras el miliquito afilaba la navaja.

—¡Claro! Soy músico. Hago tropical. ¿Te gusta?

—Me gusta —respondió— Pero yo prefiero el tango.

—A mí también me gusta el tango pero... ¿Sabés? Gardel no. Yo no sé por qué, pero no me gusta como canta.

Detuvo la navaja en el aire y se retiró un poco de la repisa.

—Eso sí —dijo— Gardel me gusta como actor.

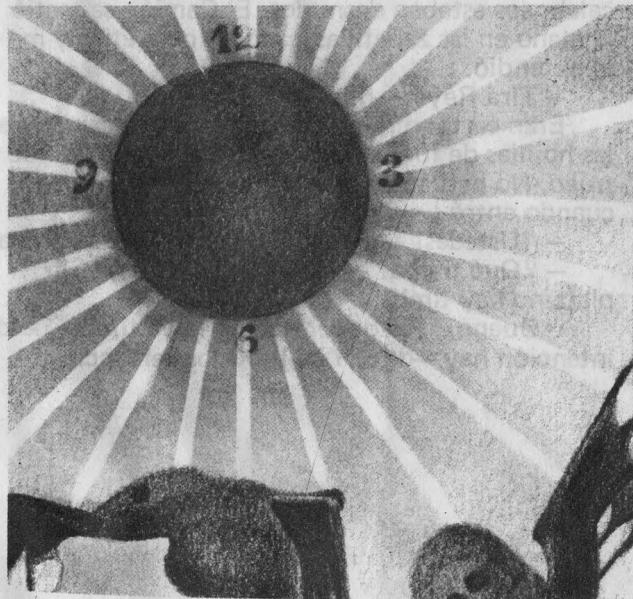
—¿Cómo actor?! —pregunto el Negro sorprendido.

—Sí. ¿Y sabés por qué? Porque él en las películas nunca le dice a los otros actores ¡Ché fulano! ¡Ché mengano!

—¿Y cómo les dice?

El miliquito se aclaró la garganta, levantó la mano con sus largos dedos flexionados y habló deslizándose la ere hasta caérsele.

—Les dice... ¡Che... hermano!



El viejo Juan y el almacén

El viejo Juan caminaba con pasos cortos y los pies muy abiertos. Parecía un pato. Profundamente solidario, asistía al compañero que estuviera enfermo, fabricando remedios de la frontera, como el té de limón para la gripe (cuyos resultados eran asombrosos), pero fundamentalmente, permaneciendo a su lado, divirtiéndolo y divirtiéndose con relatos casi siempre vinculados a los caballos, al comercio o al amor.

“¡Hay que fundirse en el Chuy! —exclamaba— El que se funde es un burro y yo me fundí tres veces. ¿Sabés qué fue? El fiado, el fiado me liquidó. Recuerdo la última vez: había instalado un almacén con mucha fe y con posibilidades de ampliación. De todas maneras, la gente, quien más quien menos, siempre me pagaba. Pero hubo una mujer, Maruja, que fue la responsable de mi fundición. La cosa fue que Maruja tenía una familia muy grande y todas las semanas se hacía unos surtidos que no se podía creer. Cuando llegó a deberme seis meses le dije: “Maruja, hasta aquí llegó mi amor. No te puedo fiar más”. Ella no me dijo nada y se fue. No dijo ni ¡ay!. Al otro día, apareció en el bolichito una muchacha de unos veinte años, impresionante. Tenía un vestido con flores muy ajustado que le pegaba sus tetas grandotas al punto de dejarle entre una y otra apenas una línea. La gurisa se apoyó en el mostrador de cármica y yo, sin dejar de mirarla, le alcancé las cosas. Cuando llenó el canasto me dijo, “soy la hija de Maruja, dice mi madre que después arregla”. Yo, en principio, me quedé helado. Después, semana a semana, siguió viniendo y yo ya estaba entregado. Así, durante otros seis o siete meses. ¿Qué querés? No podía decirle que no a esa yegüita. Digo yegüita en el mejor sentido de la palabra; vos sabés lo que yo quiero a los caballos. Bueno, la última vez me pidió una botella de aceite, tres latas de sardinas y un paquete de fideos. Yo la miré, miré los estantes y decidí darle lo que pedía, “fideos no te doy —le dije— porque no me quedan”. Después que se fue... ¿Sabés qué hice? En todo el boliche me quedaban dos kilos de azúcar, un kilo de arroz y una lata de sardinas. Agarré las bolsas y las puse en una valija con un poco de ropa. La lata me la metí en el bolsillo del saco, bajé la cortina y me fui a la mierda del Chuy. Para siempre”.

Novelas policiales

De mañana, muy temprano, el sargento entró con cinco novelas de Maigret de las siete que nos habían traído meses atrás. Las dejó sobre una de las cuchetas.

- Hay dos que no fueron autorizadas— dijo.
- ¿Por qué? —preguntó Balala.
- Consulte con el capitán.
- Pero sargento... Son novelas policiales.
- Recibo órdenes —dijo y se fue.

La Osa se acercó sin quitarse la frazada que se había puesto sobre los hombros, miró los títulos y optó por uno. Luego se fue a leer al rincón más alejado de la cuadra.

— ¡La puta madre que los parió! — escuchamos cerca del mediodía. La Osa se puso de pie. — ¡Miren! ¡Miren lo que hicieron estos hijos de puta!

Con el libro abierto caminó hasta donde tomábamos mate y lo dejó caer sobre las rodillas del Negro: le faltaban las últimas páginas. Presuroso, el Camión agarró los otros libros y a todos les habían hecho lo mismo. Ese día, durante el almuerzo, resolvimos que el camino más práctico era que cada uno de nosotros le diera el final que considerara mejor y después lo discutiéramos.

Durante tres meses, las pruebas, las conductas, los datos, las inferencias ocuparon los tiempos que hasta ese entonces morían vacíos.

Roosevelt o Rusvel

—¿Te enteraste el robo que hubo en un apartamento de la Rosvel? —preguntó el guardia al perrero.

—Me enteré —respondió— pero no se dice Rosvel, se dice Rusvelt.

— ¡No digas pavadas!

—No sea burro —exclamó el perrero tratándolo de usted como se tratan ellos en la discusión o en la orden—. Se escribe Roosevelt con dos o, pero se pronuncia Rusvel con u.

— ¡¿No me digas?! —sonrió el otro con tono desafiante— A ver vos que sabés tanto, decime: ¿Por qué si se escribe Roosevelt se pronuncia Rusvel?

Por la puerta de alambre vimos al perrero que sin soltar la correa del animal, se incorporaba.

—Cuestiones militares —dijo.

Las fieras domadas

El toque de silencio en un cuartel significa para los presos el principio de las conversaciones conspiradoras (desde el momento que violan el orden impuesto) o el momento de los universos propios. Los viajes hacia las zonas y los nombres más queridos o las recapitulaciones de las charlas políticas: el poner en orden la esperanza.

Curiosamente, el toque de silencio es el menos militar. No tiene vanidad y, bien ejecutado, puede resultar musical. Tanto es así que aquella noche, cuando el Laucha le contestó a la trompeta con una quena que él mismo había fabricado, los guardias le pidieron que, despacito, para que los oficiales no escucharan, repitiera el toque.

La timba

Llegamos al cuartel y nos introdujeron en un calabozo al que, además de sus reducidas dimensiones, le habían tapiado la ventana con gruesos listones de madera. El Camión llevaba ya casi dos años con la pena cumplida, el Negro un tiempo semejante y yo había pasado el año en esa situación. La Osa, el Laucha, el Ñandú y el Canario, que habían sido repartidos en dos calabozos bastante más pequeños que el nuestro, también pasaban los doce meses de pena cumplida. Nos habían quitado los bolsos y los calabozos estaban desnudos. El Camión se metió la mano en las zapatillas, sacó un paquetito y me lo extendió.

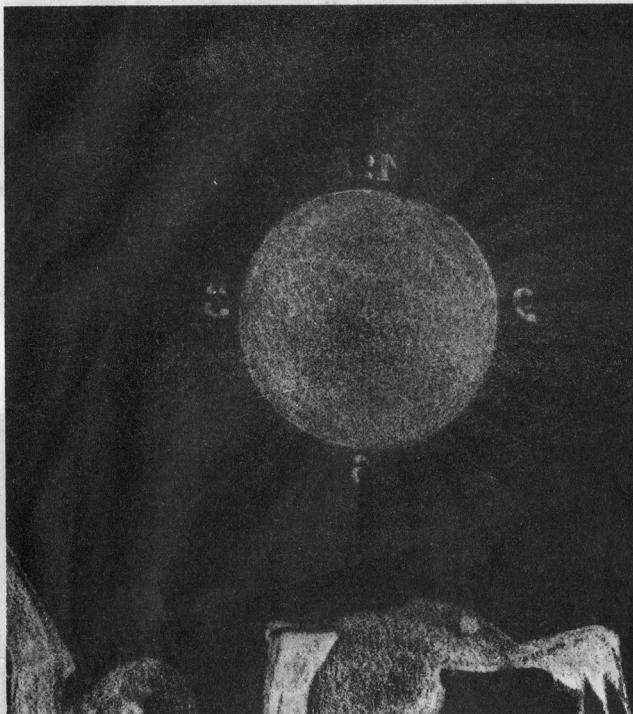
— Tirá Reyes —dijo.

Eran cartas diminutas hechas con el cartón de las hojillas de fumar. Comenzamos un partido de truco. No habíamos terminado la primera mano cuando entró un Cabo.

— ¡Ustedes! —gritó—. Está prohibida la timba.

— ¿Qué timba? —preguntó el Negro—. Sin plata no hay timba.

— Bueno... Puede ser que no haya timba, pero intención hay —dijo. Y se llevó los cartoncitos.



Recreo y negativa

Nos habían llevado encapuchados y en una ambulancia hasta la cancha de pelota de mano. El cabo, a quien parecía que el alcohol se le hubiera añejado en el aliento, indicó que el recreo consistía en dar vueltas en fila india, sin hablar, en el perímetro de la cancha marcado por el frontón, las dos paredes laterales y el lugar donde se había apostado la guardia.

Comenzamos a girar y él, que denunciaba cada vez más su borrachera en una progresiva falta de equilibrio, caminaba a nuestro lado.

— A ustedes hay que matarlos a todos porque son basura: basura son. Y no se vayan a pensar que yo quiero darles este recreo. Si fuera por mí, a esta altura se los estarían comiendo los gusanos. Hace tiempo que se los hubieran comido. Pero ustedes están presos. ¿Saben lo que es estar presos? ¿No oíste, pichi? —preguntó acercándose al oído del Camión.

— Sí, oí.

— ¿Y sabés o no sabés lo que es estar preso?

— Hace años que estoy preso así que calculo saber. . .

— ¿Y vos? —preguntó dirigiéndose a mí.

— Igual.

— ¿Igual qué?

— Que sé lo que es estar preso, cabo.

— ¡No! Ustedes no saben. Yo les voy a enseñar. ¡Cuerpo a tierra! —gritó— ¡Cuerpo a

tierra! —insistió al ver que no obtenía respuesta— ¡Hagan lagartijas! ¡¿No escucharon, carajo?! —

Nosotros en una de esas irreflexivas actitudes que se suelen tomar en el agotamiento, hicimos caso omiso a la orden. El cabo caminó hasta donde estaba la guardia.

— ¡Disparen! —gritó.

Nosotros nos detuvimos y miramos como los miliquitos se llevaban la culata del fusil a la altura del hombro.

— ¡Disparen, dije! —insistió el cabo.

Los soldados apuntaban y miraban al clase alternativamente sin decidirse.

— ¡Disparen! ¡Disparen! ¡Disparen! —ordenó histérico.

Al ver que era definitivamente desoído, le arrebató el arma a un guardia y apuntó.

— No, cabo —se abalanzó el miliquito, bajando de un golpe el caño. El superior lo miró, luego nos miró a nosotros, escupió al tiempo que le devolvía el fusil y se fue.

— Hagan lo que él les ordene —dijo el miliquito—. Es borracho y loco. Y si a mí me dicen que tengo que disparar yo tengo que hacerlo.

Sudaba profusamente y se secó la frente con la manga del uniforme. Nosotros hicimos lo propio con la del mameluco y le dimos las gracias.

Esta empecinada flor

“O eligen salir del país o los tenemos aquí hasta que se nos antoje”. Nos habían dicho hacía un año atrás. “Tienen que decidir destino para que desde allí nos aseguren que los autorizan a residir”. Agregaron una semana más tarde. Optamos por España. Allá, en Madrid, Sebastián comenzó a recorrer los laberintos de una administración franquista que sobrevivía intentando obtener, hasta lograrlo, nuestra residencia.

Era mediodía de un sábado cuando al Negro, intempestivamente, le hicieron guardar sus cosas y lo trasladaron a otro calabozo. Al poco rato el cabo nos indicó que hiciéramos una relación de pertenencias.

— ¡Nos vamos, Camión! —dije.

— Parece —comentó él, menos efusivo, tratando de medir la expectativa— que nos vamos, nos vamos. Pero no sabemos a dónde; puede ser a otro cuartel.

— ¡No jodas! No tendría sentido...

— ¿Por qué no?

— Porque no. De aquí a Jefatura, de Jefatura a Carrasco y de Carrasco a Barajas.

— Esperemos —murmuró.

Ese día nos correspondía visita. Dadas las

circunstancias ya la habíamos descartado cuando entró un milico a buscarnos.

— Van a poder ver a su padre unos minutos —dijo—.

Caminamos por el corredor de los calabozos y entramos en una pieza que había al fondo. Allí estaba él, al otro lado de una mesa, esperándonos. Se puso de pie y abrió los brazos.

— Hoy se van —dijo.

— Suponíamos —respondí y pregunté atropelladamente— ¿Para cuánto tiempo tenemos en Jefatura?

Se sentó y apoyó los codos sobre la mesa. Sonreía.

— No se van a España. Hoy los largan aquí.

2—

De regreso en los calabozos, el Cabo nos comunicó que debíamos aguardar al médico.

— ¿Tiene que firmar un certificado? pregunté.

— Sí —respondió.

— ¿Y dónde está el médico? —insistí.

— En Maldonado —dijo.

— Igualito que al Oso, Camión, aquel que conocí en Jefatura.

Ambos reímos. El cabo, sin entender, ya no se preocupaba porque le explicáramos. Salió y arrió la puerta al marco, sin trancarla.

Caminamos nerviosos y discutiendo cómo hacer para despedirnos de los compañeros, hasta que llegó el médico. Nos preguntó cómo estábamos, firmó unos formularios y se retiró. A los pocos minutos entró el cabo y nos hizo una seña con la cabeza para que lo siguiéramos.

— Cabo ¿podremos despedirnos?... —consulté

— Es imposible.

La voz del Camión retumbó en el corredor sin darme tiempo a insistir.

— ¡Arriba muchachos!

3—

Ibamos por el largo camino que conducía a la salida. Ellos estaban al final, casi sobre la carretera. Apuramos el paso y el mío se transformó en carrera. Me hundí largamente en el pecho de mi padre, luego, abracé a Ita y levanté en brazos a su hijo. El Camión, unos metros más atrás, se acercaba sacudiendo su mano derecha. El día estaba templado y corría una brisa que ciertamente reconfortaba. Decidimos caminar por la carretera antes de subir al auto. Ita, entonces, partió para esperarnos seis o siete kilómetros adelante. El verano, muy próximo, se anunciaba en el sostenido tráfico de turistas rumbo a Punta del Este. Muy cerca del aeropuerto de la laguna, nos cruzó un hombre en bicicleta.

— ¡Opa! —dijo, casi sin mirarnos, como suele saludarse a desconocidos.

— ¡Opa! —respondimos.

Habíamos andado un largo trecho en medio de una conversación abundante cuando el Camión sugirió recoger unas flores para nuestra madre.

— De acuerdo —dije y agregué, dirigiéndome a mi padre, quien se las llevaría a Buenos Aires ya que nosotros no podíamos salir del país—. Pero de aquí a que vos te vayas se van a morir.

— No creas... no creas... —sonrió—. Las flores son empecinadas.

Estaba haciendo alusión al título de unos viejos grabados suyos que hablaban del alma humana. Un título que creí oportuno robarle.



